

EL CORREO DE ULTRAMAR

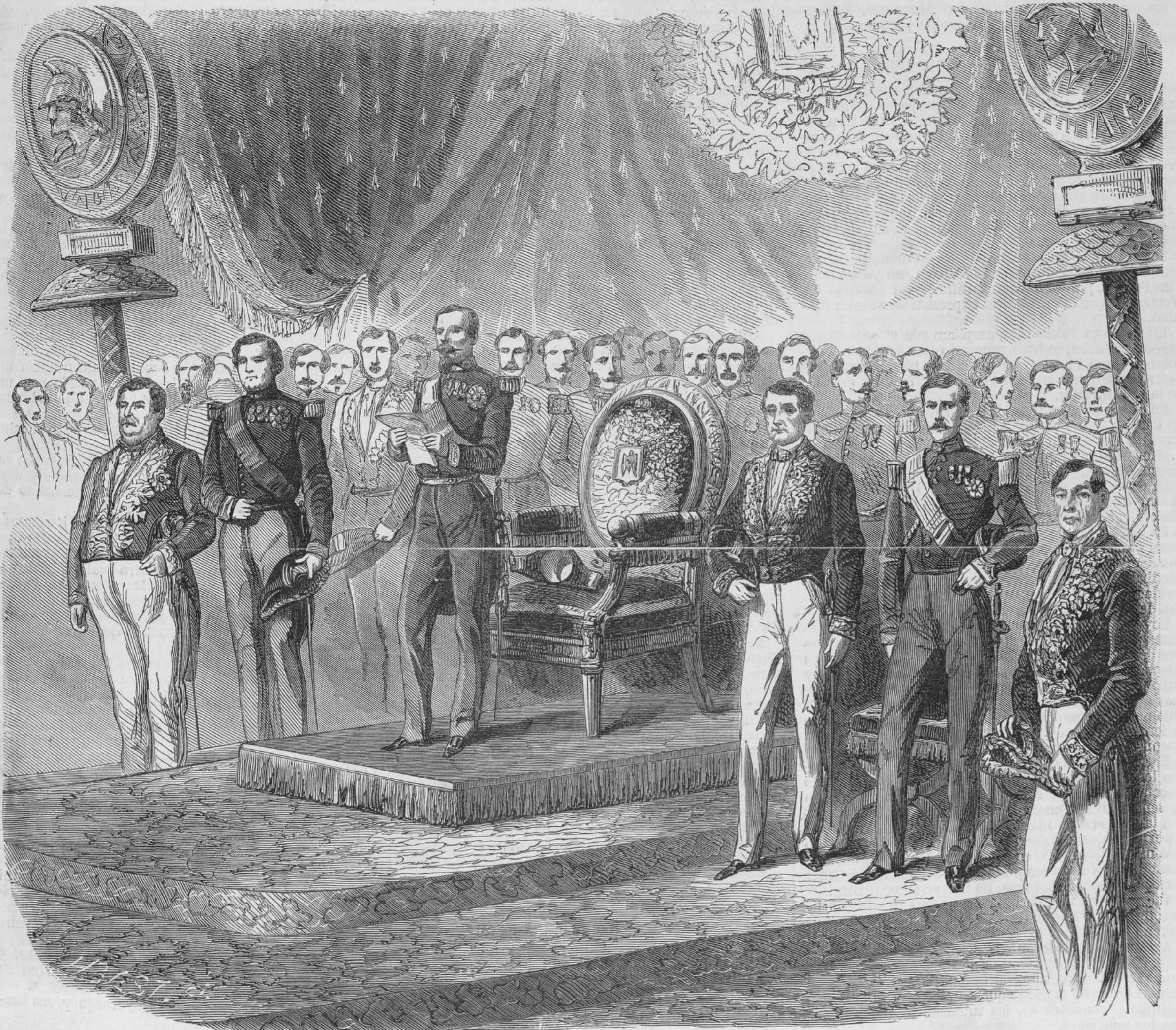
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVII

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

Año 20. — N° 424.



APERTURA DE LA LEGISLATURA DE 1861 EN EL SALON DE LOS ESTADOS, EL 14 DE FEBRERO.

SUMARIO.

Apertura de la legislatura francesa en 1861; grabado. — La enamorada. — El movimiento separatista en los Estados Unidos; grabados. — La marea en París; grabados. — Revista de París. — El serafín y la mujer. — Un sueño. — Era cristiana. — La expedición de Siria; grabados. — Una historia inglesa. — Un estío en las márgenes del Danubio; grabados. — Los aventureros. — Nuevas banderas de los Estados de la América del Sur; grabado. — Enrique Murger; grabado. — Copa regalada al sultán por el duque de Brabante; grabado.

Apertura de la legislatura francesa de 1861.

El lunes 4 de febrero el emperador abrió en persona la legislatura de 1861 en el gran salón del palacio del Louvre.

Media hora antes de la llegada del emperador, los altos cuerpos del Estado, las diputaciones y las personas convidadas ocupaban los puestos que les estaban destinados. En las gradas del trono estaban los cardenales, los ministros y los miembros del Consejo privado, los mariscales y los almirantes, una diputación de los grandes cruces de la Legión de Honor, el vicepresidente, los presidentes de sección del Consejo de Estado, y los consejeros de Estado.

Enfrente del trono á la derecha se hallaban el presidente, los vicepresidentes del Senado y los senadores; á la izquierda, el presidente, los vicepresidentes del Cuerpo legislativo y los diputados.

Un poco antes de la una la emperatriz y el príncipe imperial habían entrado en el gran salón del Louvre acompañados de las princesas de la familia imperial y de la familia del emperador con la alta servidumbre.

El emperador se colocó en el trono teniendo á los lados á los príncipes Napoleón, Luciano Bonaparte, Luciano Murat y Joaquín Murat. El emperador pronunció el siguiente discurso:

«Señores senadores, señores diputados:

El discurso de apertura de cada sesión resume en pocas palabras los actos pasados y los proyectos venideros. Hasta este día, esta comunicación limitada por su naturaleza, no ponía á mi gobierno en comunicación bastante íntima con los grandes cuerpos del Estado, y estos se hallaban privados de la facultad de fortificar al gobierno con su adhesión pública, ó ilustrarlo con sus consejos.

He decidido que todos los años os sería presentada una exposición de la situación del imperio, y que los despachos mas importantes de la diplomacia serían depositados en vuestra mesa.

Podéis igualmente manifestar en un mensaje vuestro sentir sobre los hechos que se realizan, no ya como en otro tiempo, por una mera paráfrasis del discurso del trono, sino por la libre y leal expresión de vuestra opinión.

Esta mejora inicia mas ampliamente al país en sus propios negocios, le hace conocer mejor á los que le gobiernan como á los que se sientan en las Cámaras, y á pesar de su importancia, no altera en nada el espíritu de la Constitución.

En otro tiempo, ya lo sabéis, el sufragio era restricto. La Cámara de los diputados tenía, es verdad, prerogativas mas latas; pero el gran número de funcionarios que formaban parte de ella daba al gobierno una acción directa sobre sus resoluciones.

La Cámara de los pares votaba también las leyes; pero la mayoría podía cambiar á cada instante por la agregación facultativa de nuevos miembros.

En fin, las leyes no siempre eran discutidas en razón de su importancia real, sino según la probabilidad que su adopción ó no admisión podía tener en conservar ó derribar á un ministerio; de donde resultaba poca sinceridad en las deliberaciones, poca estabilidad en la marcha del gobierno, y poco trabajo útil realizado.

Hoy todas las leyes son preparadas con cuidado y madurez por un consejo compuesto de hombres ilustrados que dan su parecer sobre todas las medidas que deben adoptarse. El Senado, custodio del pacto fundamental y cuyo poder conservador no hace uso de su iniciativa mas que en circunstancias graves, examina las leyes bajo el solo aspecto de su constitucionalidad, pero verdadero tribunal político de casación, está compuesto de un número de miembros que no puede traspasarse.

El Cuerpo legislativo no interviene, es verdad, en todos los detalles de la administración, pero es nombrado directamente por el sufragio universal, y no cuenta en su seno ningún funcionario público. Discute las leyes con la mas entera libertad; si son rechazadas, es una advertencia que el gobierno toma en consideración; pero esta no admisión no conmueve al poder, no paraliza la marcha de los negocios y no obliga al soberano á tomar por consejeros hombres que no tengan su confianza.

Tales son las diferencias principales entre la Constitución actual y la que ha precedido á la revolución de febrero.

Agotad, señores, durante la discusión de la respuesta, todas las discusiones según la medida de su gravedad, para que os podáis consagrar despues enteramente á los asuntos del país, pues si aquellas reclaman un examen detenido y concienzudo, los intereses exigen á su vez prontas soluciones.

En vísperas de explicaciones mas detalladas, me limi-

taré á indicar brevemente todo lo que se ha hecho en el interior y en el exterior.

En el interior todas las medidas tomadas tienden á aumentar la producción agrícola, industrial y comercial. El encarecimiento de todas las cosas es la consecuencia inevitable de una prosperidad creciente, pero al menos debíamos tratar de hacer que fuesen lo menos caros posible los objetos de primera necesidad.

Con este fin hemos disminuido los derechos sobre las materias primeras; hemos firmado un tratado de comercio con la Inglaterra; hemos proyectado concluir otros con los países vecinos, y hemos facilitado por todas partes las vías de comunicación y los trasportes.

Para realizar estas reformas económicas, hemos debido renunciar á noventa millones de ingresos anuales, y sin embargo, el presupuesto os será presentado en equilibrio, sin que haya sido necesario recurrir ni á la creación de nuevos impuestos ni al crédito público, como os lo habia anunciado el año último.

Los cambios operados en la administración de la Argelia han puesto la dirección superior de los negocios en el seno mismo de las poblaciones. Los ilustres servicios del mariscal colocado á la cabeza de la colonia son seguros garantes de orden y de prosperidad.

En el exterior, me he esforzado en probar en mis relaciones con las potencias extranjeras, que la Francia deseaba sinceramente la paz; que sin renunciar á una legítima influencia, no pretendía ingerirse en ninguna parte donde esos intereses no estaban en juego; en fin, que si tenia simpatías por todo lo que es noble y grande, no vacilaba en condenar todo lo que violaba el derecho de gentes y la justicia.

Sucesos difíciles de prever han venido á complicar en Italia una situación ya tan embarazada. Mi gobierno, de acuerdo con sus aliados, ha creído que el mejor medio de conjurar mayores peligros era recurrir al principio de no intervención, que deja á cada país dueño de sus destinos, localiza las cuestiones y las impide degenerar en conflictos.

No ignoro, ciertamente, que este sistema presenta el inconveniente de parecer que autoriza excesos deplorables, y las opiniones extremas preferirían, las unas que la Francia se declarase en favor de todas las revoluciones, y las otras que se pusiera á la cabeza de una reacción general.

No me dejaré desviar de mi camino por ninguna de estas excitaciones opuestas. A la grandeza del país le basta mantener su derecho allí donde es incontestable; defender su honor allí donde está atacado, y prestar su apoyo allí donde es implorado en favor de una causa justa.

De este modo hemos mantenido nuestro derecho, haciendo aceptar la cesión de la Saboya y de Niza; estas provincias se hallan hoy irrevocablemente reunidas á la Francia.

De este modo para vengar nuestro honor en el extremo Oriente, nuestra bandera, unida con la de la Gran Bretaña, ha ondeado victoriosa sobre las murallas de Pekín, y la cruz, emblema de la civilización cristiana, corona de nuevo en la capital de la China los templos de nuestra religión cerrados hace mas de un siglo.

Así también, en nombre de la humanidad, han ido nuestras tropas á Siria en virtud de un convenio europeo, para proteger á los cristianos contra un ciego fanatismo.

En Roma he creído deber aumentar la guarnición cuando la seguridad del santo padre pareció amenazada.

Envié mi flota á Gaeta cuando pareció que debía ser el último refugio del rey de Nápoles. Despues de haberla tenido allí cuatro meses, la he llamado, por digno de simpatía que fuese un infortunio real tan noblemente soportado. La presencia de nuestros navíos nos obligaba á separarnos todos los días del sistema de neutralidad que yo habia proclamado, y daba lugar á interpretaciones erróneas. Ahora bien, ya sabéis que en política no se cree mucho en un paso puramente desinteresado.

Tal es la rápida exposición de la situación general. ¿Que se disipen pues las aprensiones y se afiance la confianza! ¿Porqué no tomarían un nuevo vuelo los asuntos comerciales é industriales?

Mi firme resolución es la de no entrar en ningún conflicto en que la causa de la Francia no esté basada en el derecho y la justicia. ¿Qué tenemos pues que temer? ¿Acaso una nación unida y compacta, que cuenta cuarenta millones de almas, puede temer, ora ser arrastrada en luchas cuyos fines no aprobaría, ora ser provocada por una amenaza cualquiera?

La primera virtud de un pueblo es tener confianza en sí mismo y no dejarse conmover por alarmas imaginarias. Consideremos pues el porvenir con calma y en la plena conciencia de nuestra fuerza como de nuestras leales intenciones; entreguémonos sin preocupaciones exageradas al desarrollo de los gérmenes de prosperidad que la Providencia ha puesto en nuestras manos.»

La enamorada.

POR DON ANTONIO DE TRUEBA.

I.

Lo que voy á contar no es un cuento, que es una dolorosa historia. Yo lo aseguro bajo la fe, no de novelista, sino de hombre honrado.

Hace algunas semanas recorría yo aquellas hermosas aldeas que asoman al valle del Nervión como para con-

templar con toda la inocente curiosidad aldeana la noble, la hermosa, la rica villa de Bilbao y la eternamente risueña, verde y animada vega de Abando.

No quiero decir dónde pasó la mayor parte de lo que voy á contar. El dolor, aunque tenga por causa el crimen, debe ser respetado por todos, y mucho mas por los que presumimos de apóstoles de la virtud y la justicia.

La noche me sorprendió antes de llegar á Bilbao, y me ví precisado á detenerme en una aldea que á la vega luz del crepúsculo veía blanquear en la cima de una colina cubierta de castaños y nogales.

Al extremo de un sombrío nocedal se elevaba el campanario de la iglesia parroquial de la aldea.

Al penetrar yo en esta última sonó el toque de oración, y aldeanas y aldeanos guardaron silencio, descubriéndose la cabeza los segundos y santiguándose y rezando por algunos instantes todos.

Hasta callaron las muchachas, que con su herrada en la cabeza venían cantando de la fuente del castaño inmediato. La campana que toca á la oración es Dios que habla á las gentes creyentes y buenas, y solo Dios puede hacer interrumpir á las muchachas vizcainas la cantata (1) comenzada.

Despues de pararme, descubrirme y rezar como los aldeanos, porque es de advertir que veinte años de residencia lejos de esta hidalga tierra (2), que abandoné niño aun, no han bastado á hacer perder á mi corazón lo que descortesmente se llama el pelo de la dehesa; despues de imitar á los aldeanos me adelanté por el nocedal, saludado afectuosamente por cuantas personas encontraba á mi paso.

Pregunté al fin si en la aldea habia alguna posada donde pudiera pasar la noche, y se me contestó negativamente; pero no tuve tiempo para atribularme con esta contestación, porque apenas hubo vecino de la aldea que no se aprestase á ofrecerme con entrañable y respetuosa solicitud un asiento en su hogar.

Entre los que este ofrecimiento me hacían figuraba un gallardo jóven, á quien sus convecinos llamaban el Mayorazgo. Vestía menos modestamente que sus convecinos; pero su traje era el característico del país, solo que el Mayorazgo en vez de llevar la boina azul ó blanca ó encarnada, la llevaba de color oscuro, y en vez de llevar al cuello una especie de toquilla de color claro sujeta con una sortija, ó de no llevar nada, llevaba una toquilla negra como indicio de luto.

—Tengo derecho, me dijo aquel jóven, á pedir á usted que prefiera mi casa á la de mis vecinos, que si tienen tan buena voluntad como yo, tienen menos comodidades que ofrecer á Vd.

—Eso es cierto, contestaron todos los vecinos, y desistieron de sus instancias.

Acepté pues la hospitalidad que me ofrecía Miguel el Mayorazgo.

La casa de este era, en efecto, incomparablemente la mas grande y mejor de la aldea. Alzabase á un extremo del nocedal, á la parte opuesta de la iglesia. Tres de sus costados daban á una huerta cercada, orlada de parral que por la parte exterior se apoyaba en la cerca, y la cruzaban en todas direcciones calles de frondosos árboles, muchos de los cuales á la sazón cargados de fruta. La fachada principal, que era la que daba á la arboleda, tenia sobre la puerta un espacioso balcon sombreado por dos grandes parras, y sobre el balcon habia un escudo de piedra que entonces estaba velado con un crespon negro, señal de luto en la familia que habitaba la casa.

Apenas penetré en esta, toda la familia vino á saludarme, vestida también de luto.

Componíase la familia del Mayorazgo, que rayaba en los veinte y cinco años, de otro mozo de veinte y dos, de una muchacha de diez y ocho, de un muchacho de quince y de una niña de doce.

Todos eran hermanos, y todos robustos y hermosos: allí se veía en toda su pureza el bello y gallardo tipo vascongado, de nariz aguileña, de mirada dulce é inteligente, de frente despejada, de rostro oval y algo deprimido por el extremo inferior, de tez sonrosada, de elevada estatura y de miembros verdaderamente atléticos.

Un tinte singular de tristeza parecia dominar el alma de aquellos jóvenes, desde la niña de doce años hasta el mozo de veinte y cinco.

El luto que todos vestían por su madre, me explicaba en parte aquella tristeza; pero habia allí otra cosa que llamaba mucho mi atención y yo no acertaba á explicarme: era el dolor, no estrepitoso é impaciente, sino el dolor profundo, pero resignado, infinito, pero tranquilo, que revelaba en su rostro, en sus acciones y en sus palabras la jóven de diez y ocho años, que como si hubiese nacido predestinada al dolor, llevaba el dulce y melancólico nombre de Soledad.

He dicho que solo en parte me explicaba el dolor de aquella familia la pérdida de su madre, y voy á decir el porqué: se llora á una madre hasta por los de corazón mas duro; pero si es eterno su recuerdo, no lo es el llanto que por ella se derrama.

Juzgo por mí á los demás: creo en Dios, y sé que mi madre murió en el Señor y pagó á la naturaleza el tributo que hemos de pagarle todos. Por eso creo dos cosas que me dan resignación y consuelo: que mi madre me ve aun, y que he de volver á verla.

Esto creen todas las gentes cristianas y honradas, y creyéndolo encuentran resignación y consuelo en su orfandad.

Honrados y creyentes eran el Mayorazgo y sus her-

(1) Copla.

(2) Escribo en el valle donde nació.

manos... No, no: su dolor, y particularmente el de la pobre Soledad, no podía tener por única causa la pérdida de una madre que había muerto en el Señor.

II.

Al aceptar la hospitalidad que me ofrecieron los moradores de la casa grande, que así llamaban en la aldea á la casa del Mayorazgo, pensaba yo continuar mi camino al día siguiente; pero tales instancias me hizo aquella familia para que permaneciese allí mas tiempo, tales fueron las simpatías que me merecian todos los habitantes de la aldea, y tal lo que esta me agradaba en todos conceptos, que ocho dias despues de mi llegada aun ocupaba yo el asiento de preferencia junto al hogar del Mayorazgo.

Otra de las cosas que llamaban mucho mi atención era el tiernísimo cariño, las delicadas consideraciones que prodigaban á Soledad todos sus hermanos. Era para mí un espectáculo que me conmovia y consolaba el que ofrecían continuamente aquellos robustos mancebos, convirtiéndose, digámoslo así, en niños ante el dolor de su hermana.

Puede verse sin extrañeza á los hombres naturalmente débiles y doloridos contemporizando con la debilidad y el dolor, porque ese espectáculo no es mas que el cumplimiento de la ley de la afinidad; pero ¿quién ve con ojos enjutos al hombre físico y moralmente fuerte, viril, rudo, inquebrantable como las rocas que rodean el valle donde esto escribo, identificarse con la debilidad y el dolor para ampararlos y consolarlos?

Sirva de ejemplo para comprender hasta qué punto se verificaba esto en casa del Mayorazgo, lo que presencié y vi una noche.

El día había sido hermosísimo.

El Mayorazgo y sus dos hermanos le habían pasado trabajando rudamente en las piezas (1) con sus criados y algunos obreros, y yo recorriendo las montañas con mi escopeta al hombro, mi pipa en la boca y mi catalejo al cuello.

Al sonar las oraciones en el campanario de la aldea, nos encaminamos todos á la casa grande.

Amos, criados, obreros y huésped, todos cenamos juntos, sin olvidar, por supuesto, de desocupar un enorme jarro de fresco y chispeante chacolí (2), que el Mayorazgo había subido de la cubera.

Despues de dar gracias á Dios por el sustento con que nos había favorecido, santa costumbre que yo practicaba en este país en mi niñez, y que al volver pasados mas de veinte años, no he encontrado alterada, á pesar de tantas y tantas cosas como han pasado, y tantas y tantas costumbres como se han alterado en ese largo período; despues de dar gracias á Dios, repito, el Mayorazgo y sus hermanos hablaron de libros, á propósito de mi profesion, que envidiaban, ignorando las penas que la acompañan cuando se ejerce honrada y dignamente. Ellos no entendían de libros; pero su noble y delicado instinto les hacía adivinar que los libros son el sagrario donde se custodia la flor de la sabiduría y de la belleza moral, por mas que algunas veces ese sagrario se vea profanado por la ignorancia y las malas pasiones.

— ¡Usted sí que tendrá libros! exclamó el Mayorazgo.

— No tengo muchos, le contesté, porque soy pobre para adquirirlos; pero los que tengo son buenos.

— ¡Válgame Dios, qué ratos tan divertidos pasará usted leyéndolos!

— Los mejores de mi vida. ¿Y Vds. no suelen leer?

— Haga Vd. cuenta que no, porque como uno apenas le da sentido á la lectura, y luego los cuatro libros que hay en casa los sabemos todos de cabeza (3)...

— ¿Qué libros tienen Vds.?

— Yo le diré á Vd.: la vida de *San Ignacio de Loyola*, *Don Quijote de la Mancha*, *los Fueros de Vizcaya*, *la Cantabria vindicada*, y en fin, otras dos ó tres de vidas de santos. Ellos pocos son; pero decía el difunto mi abuelo que mejores no se han compuesto en España.

No me sonreí por respeto á los *Fueros* y al *Don Quijote* y á la *Cantabria vindicada*.

— Nosotros, continuó el Mayorazgo, no damos sentido á la lectura aunque esté en letra de molde; pero nos quedamos bobos cuando lee Soledad.

Soledad se puso colorada con este elogio.

— Desde que su abuela de Vd. ó su bisabuelo compró esos libros, se han compuesto otros muy buenos, y es lástima que Vds. no tengan ninguno de ellos.

— Sí que lo es, caramba; pero qué quiere Vd., uno no sabe lo que pasa por el mundo metido siempre en la aldea donde nació... Hola, y á mucha honra el pasar aquí la vida, porque como recuerdo haber leído en unos versos que sacó en Bilbao un señor muy sabio y muy bueno, que se llamaba don Alberto Lista:

¡Feliz el que nunca ha visto
Mas río que el de su patria,
Y duerme anciano á la sombra
Do pequeñuelo jugaba!

— Hombre, no hay que tomar al pié de la letra esos versos. Lista no quiso decir que el hombre debe vivir inmóvil como una roca allí donde nació, ni eso quiere decir tampoco un cuento titulado *Desde la patria al cielo*, que corre por ahí con mi nombre, y es sencillamente la paráfrasis de los versos de Lista. Lo mismo don Alberto que el autor de ese cuento, hombres inca-

paces de escribir una cosa y hacer otra, salieron de su patria y amaron y bendijeron campos que no eran los nativos y gentes que habían nacido lejos de donde ellos nacieron. Lo que quisieron decir ambos, fué: que el hombre no debe abandonar su patria, deslumbrado por mentidos sueños de felicidad, y que en el caso de abandonarla con fundado motivo, debe pensar siempre en ella, amarla, procurar su dicha y preferirla en igualdad de circunstancias para pasar el resto de sus dias. La teoría de Lista y su glosador es la teoría del patriotismo, que no existiera de ser falsa esa teoría.

— ¡Justamente! Así lo había entendido yo: solo que como uno por mas que se mate no sabe explicar las cosas... Si mañana, pongo por caso, me deja una herencia el tío que tenemos en Méjico, iré muy campante á buscarla, y hasta si por allá encuentro algun necesitado, le socorreré, sea de donde fuere, que todos somos hijos de Adán y Eva; pero si me decido á gastar la herencia en hacer algunas casas y comprar algunas tierras para bandearse uno y dar de comer á cuatro pobres, me vendré á gastarla aquí, y de ese modo habré seguido el consejo de ese señor.

— Eso, eso es justamente lo que quiso decir Lista.

— Pues es claro. Sería una judiada no preferir, para beneficiarlos, los campos que dieran el pan con que nos criamos nuestros padres y nosotros. Pero volviendo á lo de los libros nuevos, si Vd. trajera por ahí alguno bueno, vería Vd. qué bien nos le leía esta.

— Algunos buenos traigo, y deseo que Vds. los acepten para conservarlos al lado del de *Don Quijote de la Mancha*, pues de seguro no se ha de incomodar por eso el cura de marras.

— Con el alma y la vida aceptamos su regalo de usted, exclamó el mayorazgo estrechando con efusion mi mano.

Llevaba yo en mi maleta de viaje la edicion completa de las obras de Fernan Caballero, modesta, pero sólidamente encuadrada, y se la entregué á aquella buenísima familia, gozando ya con los nobles sentimientos y el purísimo deleite que allí como en todas partes habían de producir las creaciones de nuestro gran *fotografiador* de costumbres.

El Mayorazgo, lleno de alegría, rogó cariñosamente á Soledad que leyese en alta voz algo de aquellos libros.

Soledad, cuya tristeza se adivinaba aun á través de la sonrisa, sonrió con una especie de gratitud y se apresuró á complacer á su hermano, ó mas bien á complacerlos á todos, porque todos los presentes unimos nuestro ruego al de Miguel.

En el libro en que Soledad leía, pintaba Fernan Caballero con toda la magia de su admirable pincel, á la mujer buena, honrada, santa, en sus dos fases de virgen y madre, de hija y esposa.

Conforme la triste Soledad leía, sus ojos se arrasaban en lágrimas, y su rostro se cubría de una mortal palidez. Notáronlo alarmados sus hermanos, y el mayor extendió la mano como indicándole que suspendiera la lectura; pero como Soledad continuase, Miguel se acercó á ella, fijando alternativamente la vista en el rostro de la jóven, y en la página que seguía á la que leía Soledad.

Traté de explicarme todo aquello, y dije para mí: —

«La lectura de ese libro, tan puro y bello en todos conceptos, lastima á esa pobre jóven, porque Soledad tendrá la propension que tiene la querida compañera de mi vida, que me espera impaciente en mi aldea, á ver la expresion de sus dolores y sus alegrías en los libros que lee. Sus hermanos lo comprenden, pero no la interrumpen, esperando que la lectura tome giro diferente, con cuya esperanza Miguel examina la página que sigue á la que lee Soledad.»

No me acuerdo por qué ni para qué he oido muchas veces decir: «á Soledad le falta un clavo.»

¡Ay! sí, ¡entonces sí que faltaba aun un clavo á Soledad!

La doncella retratada por Fernan Caballero iba á recibir el nombre de esposa inocente y pura como salió de las entrañas maternales, ídolo de los mancebos, y orgullo y felicidad de sus padres y sus hermanos.

Entonces la pobre Soledad dejó caer el libro, y ella misma hubiera caído al suelo tras él á no sostenerla Miguel en sus brazos, presa de un desmayo que parecía mortal.

Grande fué la alarma que aquel suceso produjo en la casa. Fuése á llamar al médico de la aldea, y entre tanto, Miguel, tomando en sus robustos brazos á su hermana, la condujo al lecho, donde sus hermanos y él, llorando como débiles mujeres, la prodigaban todos los cuidados y consuelos que puede prodigar á una hija la mas tierna y solícita madre.

Apenas se divulgó la noticia de que Soledad estaba gravemente enferma, casi todos los habitantes de la aldea acudieron á la casa grande ansiosos de consolar y auxiliar á la triste jóven.

Esta recobró á corto rato el sentido para deshacerse en dos torrentes de lágrimas.

Durante toda la noche sus hermanos velaron á la cabecera de su cama.

«Si el dolor que aqueja á esa jóven, me dije, es el de haber perdido á su madre, su dolor es infundado, porque ¡como puede echar de menos á su madre quien halla el amor y la solicitud maternal en cuantos seres le rodean!»

Al dia siguiente Soledad estaba ya mejor, y la alarma de sus hermanos y sus vecinos había cesado casi por completo.

Comprendiendo que en aquella casa existía algun misterio, y por lo tanto era embarazosa en ella la presencia de un forastero á quien era necesario ocultarlo, me dispuse á partir y partí á pesar de cuanto se opusieron

á ello Miguel y sus hermanos, inclusa la misma Soledad.

Miguel se empeñó en acompañarme hasta el pié de la montaña, en cuya cima se alza la aldea.

Durante el camino hablábamos de Soledad, y mas de una vez noté que los ojos de Miguel se humedecían al expresar yo el interés que aquella triste jóven me inspiraba.

— Cuando tanto cariño y tanto interés, dije, inspira su hermana de Vd. á cuantos la conocen, debe ser muy buena...

— ¡O muy desgraciada! me contestó Miguel tristemente.

— Tiene Vd. razon, que la desgracia es título tan sagrado como la bondad al amor y la compasion de las almas nobles.

Miguel, al oír estas palabras que expresaban una convicción profunda de mi alma y de toda mi vida, comprendió que en mi corazon se agitaban sentimientos semejantes á los que se agitaban en el suyo, por mas que Dios no le hubiese concedido el arte de revelarlos perfectamente con la palabra.

Sus ojos se humedecieron, y su mano buscó la mia para estrecharla.

— No quiero, me dijo, separarme de Vd. quizá para siempre, con el remordimiento de haber ocultado algo á quien siente lo que siento yo. Oiga Vd. la historia de los dolores que debe Vd. haber adivinado en mi familia.

— Sí, sí, Miguel, he adivinado que los hay muy profundos, por mas que no haya adivinado su causa. Cualquiera que su causa sea, yo los respetaré y los lloraré con Vds. donde quiera que me halle.

Y caminando por aquellas risueñas colinas y cañadas donde solo la evidencia puede dar la certidumbre de que allí fructifica el dolor, Miguel me contó la historia de los de su familia.

Déjese prescindir de la frase anti-literaria del rudo pero noble aldeano, y traducir sus conceptos en la mia; que si Miguel hablaba solo para que un hombre le comprendiera, yo escribo para que me comprendan los hombres, y las mujeres y aun los niños.

III.

Hará cosa de doce años tocaban á muerto las campanas de la aldea, y un crespon negro cubría tambien desde la noche anterior el escudo de armas de la casa grande.

En tanto que la mayor parte de los moradores de la aldea acompañaban á un féretro que se acercaba ya al campo santo, los restantes procuraban en la casa grande consolar á la pobre Catalina que acababa de quedar viuda con cinco hijos, el mayor de trece años y el menor de algunos meses.

— ¡Santa Virgen de Begaña! exclamaba Catalina hecha, como sus hijos, un mar de lágrimas; ¡ten compasion de mis hijos que ya no tienen en el mundo mas amparo que el de una débil mujer!

— Catalina, por Dios, decía una de sus vecinas, no te aflijas de ese modo, que tu casa no queda desamparada. Hijos pequeños tienes, es verdad, pero Miguel será pronto mozo, y si hasta aquí ha sido descuidado y travieso, de hoy en adelante será trabajador y juicioso y servirá de padre á sus hermanos.

— No les servirá, no, que esa es la pena con que mi pobre Ignacio entregó anoche el alma al Señor.

Y Catalina y sus hijos y cuantos estaban presentes redoblaron sus lágrimas y lamentos.

(Se continuará.)

El movimiento separatista en los Estados Unidos.

El movimiento de separacion iniciado en la Union americana por la Carolina del Sur á consecuencia de la eleccion de M. Lincoln, sigue haciendo progresos, si bien no se han perdido del todo las esperanzas de un nuevo compromiso que vuelva á restablecer la perturbada armonía. Damos un dibujo de Charleston, la ciudad donde principió el movimiento, acompañado de otro que representa la evacuacion del fuerte Moultrie por las tropas federales. Los estados que han seguido á la Carolina del Sur han adoptado una nueva bandera cuyo dibujo se hallará en la última página de este número.

Once son ya los fuertes de que se han apoderado los disidentes desde que la Carolina del Sur se separó de la federacion. Fuerte Pulaski, en Savannah, 150 cañones; costó 923,859 pesos; su armamento vale 138,032 pesos. — Fuerte Jackson, Savannah, 14 cañones, 125,000 pesos, armamento 11,380 pesos. — Fuerte Morgan, Mobila, 132 cañones, 1,212,556 pesos, armamento 104,475 pesos. — Fuerte Gaines, Mobila, 89 cañones, 200,000 pesos, armamento 66,473 pesos. — Fuerte Macon, Beaufort (Carolina del Norte), 51 cañones, 460,000 pesos, armamento 48,920 pesos. — Fuerte Caswel, Oak Island (Carolina del Norte), 87 cañones, 571,221 pesos, armamento 72,711 pesos. — Fuerte Moultrie, Charleston, 54 cañones, 75,301 pesos, armamento 48,732 pesos. — Fuerte Pinckney, Charleston, 25 cañones, 43,808 pesos, armamento 23,906 pesos. — Fuerte Saint-Philip, Luisiana, 124 cañones, 203,734 pesos, armamento 101,980 pesos. — Fuerte Jackson, Luisiana, 150 cañones, 817,608 pesos, armamento 123,669 pesos. — Fuerte Pike, Luisiana, 49 cañones, 472,001 pesos, armamento 36,520 pesos. — Costo total de las once fortificaciones con sus armamentos 5,702,337 pesos.

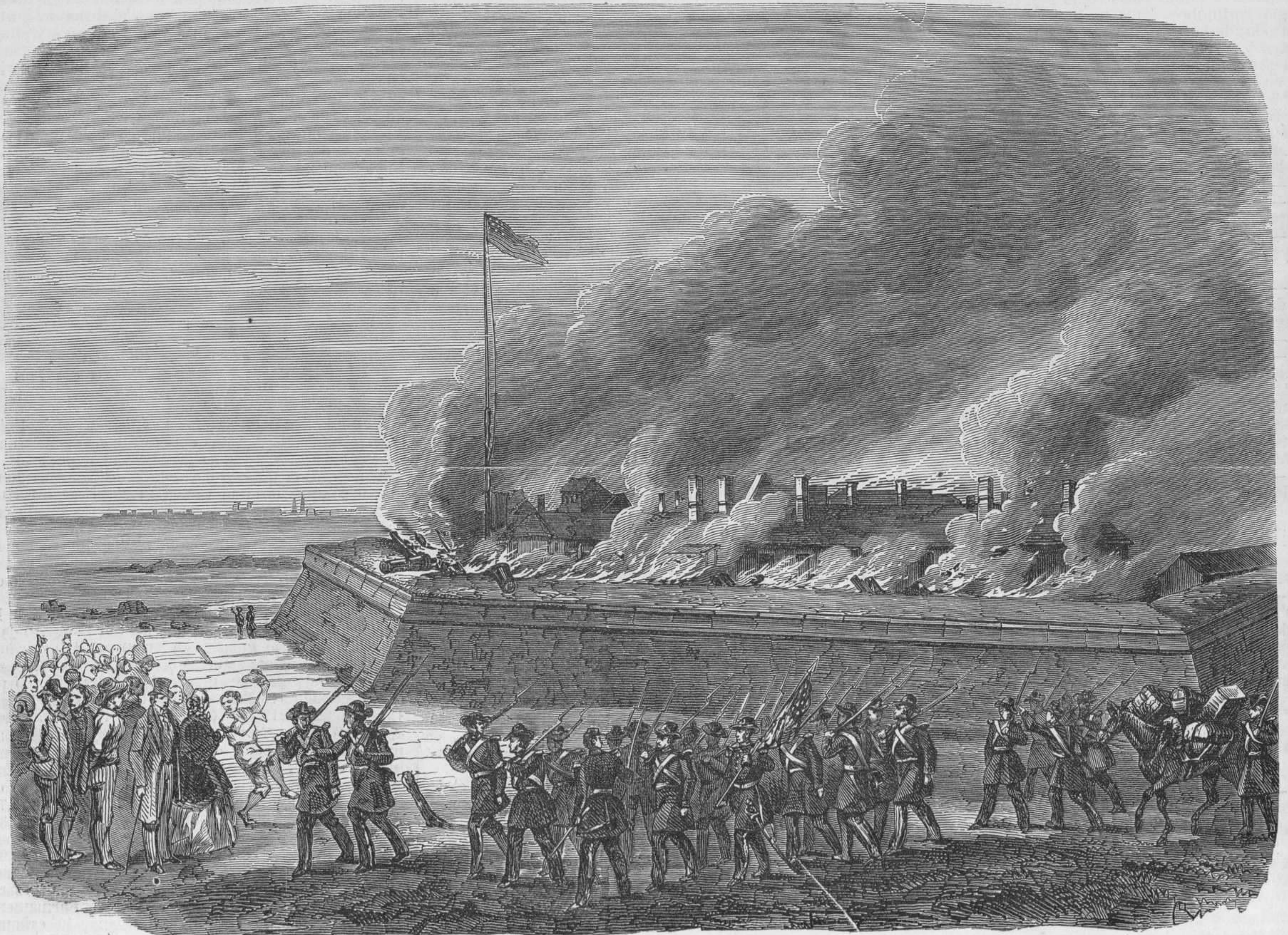
(1) Heredades.

(2) Vino del país.

(3) De memoria.



VISTA GENERAL DE CHARLESTON (Carolina del Sur).



LAS TROPAS FEDERALES EVACUANDO EL FUERTE MOULTRIE DESPUES DE HABER DESTRUIDO EL MATERIAL DE GUERRA.



LA PESCADERIA DE PARIS EN LOS MERCADOS CENTRALES. — LLEGADA DE LOS CARROS CARGADOS DE PESCADO.



LA SUBASTA DEL PESCADO ALPORMAYOR.

1713 85

La marca en París.

I.

¡París puerto de mar! Hé ahí una concepción atrevida, y que debía causar honda impresion en los espectadores, en una época en que los grandes proyectos están en moda, y en una capital que tiene en sus armas un magnífico navío. ¡El mar en París! ¡Qué fiesta para los parisienses! ¡Qué alegría poder mezclar con el agua turbia del Sena una corriente de agua salada!

Desgraciadamente, si la idea era seductora para todos, la empresa no podía conducir sino á una operación tan costosa como inútil. ¿Porqué se habia de sumergir una montaña de capitales para abrir un puerto que existe ya? ¿Por ventura, los ferro-carriles no han hecho de París el puerto único donde se ha centralizado todo el comercio del pescado, y el mercado de la capital no es en el día el primer mercado de Francia?

Una sola visita á la pescadería basta para demostrar que no solo existe París como puerto de mar, sino que puede desafiar á los puertos mas ricos á que presenten una coleccion tan abundante, variada y espléndida. Al ver llegar y desfilar por batallones compactos salmones, lenguados, langostas, merluzas, congrios, rodaballos, ostras, besugos, arenques, salmónetes, almejas, etc., etc., y al ver sobre todo que se repite todas las mañanas ese prodigioso desfile, preciso es convenir en que todos los puertos de Francia han tomado á París por punto de salida. Lejos del mar, sin marina y sin barcas, la capital presencia cómo se renueva diariamente para sus habitantes el milagro de la multiplicacion de los peces.

Este es uno de los muchos beneficios que se deben al establecimiento de los ferro-carriles. En otro tiempo la buena villa de París tenia tambien su provision de pescado; el honorable gremio de las pescaderías, ricamente organizado, disfrutaba el privilegio de presentar todos los años sus homenajes de rodillas al rey en el palacio de Versailles; pero aquella provision era escasa, insegura, y una tarde una de las glorias de la cocina francesa, Vatel, se mataba en Chantilly por desesperacion al ver que faltaba el pescado en un banquete regio.

Hoy ya no es así: siempre reina la abundancia, pues si el Norte está pobre un día, abunda el Oeste, y el mercado no deja de hallar la cifra de su provision ordinaria.

Y hay que observar que esta provision debe cubrir á la vez las necesidades del consumo parisiense y las demandas de los departamentos del interior, donde el pescado de mar no se ha mostrado despues del diluvio. Bajo estas condiciones se ve que la Pescadería de los Mercados Centrales está llamada á tomar en lo sucesivo un gran desarrollo, á medida que las líneas secundarias de los caminos de hierro abran nuevas salidas al comercio del pescado de mar. El mercado de París es un insaciable Gargantua.

Pero no le hace: el consumo del pescado se ha aumentado y puede aumentarse todavía. Para satisfacer á todos no hay necesidad de crear viveros para la conservacion de las especies alimentándolas con esclavos, como hicieron los romanos de la decadencia. ¿Por fortuna la ciencia moderna no ha creado la piscicultura? ¿No nos ha enseñado M. Coste que el mar, así como la tierra, puede disciplinar y multiplicar su produccion en manos del hombre? Las experiencias hechas por M. Coste sobre bancos de ostras perdidos y destruidos, han probado hasta la evidencia que la piscicultura es un trabajo tan serio como la agricultura, y M. Michelet en su última obra, *el Mar*, nos señala con profunda emocion las vastas perspectivas que esa nueva conquista de la ciencia reserva al porvenir de las sociedades.

II.

Pero vengamos al mercado de París. No vamos á describir la disposicion de los pabellones reservados á cada uno de los mercados especiales, y diremos solo que la Pescadería ocupa todo el pabellon que mira á la calle de Rambuteau.

El servicio de este mercado fué reorganizado en marzo de 1853 por la comision municipal, en vista de la proposicion del prefecto de policía. Este servicio comprende toda una gerarquía á que vamos á pasar revista.

A su cabeza está el interventor encargado de la vigilancia general, de la observancia de los reglamentos, de la direccion de la contabilidad y de la regularidad de todas las operaciones.

En un rango inferior están los vendedores, que se ponen, como se ve en uno de nuestros dibujos, encima de los tablados para observar con mas facilidad los movimientos de la subasta. Allí se ocupan incesantemente, en medio de los gritos de la muchedumbre, en enterarse de todos los detalles de cada venta, del nombre de los expedidores, del de los compradores, de la calidad de la mercancía vendida, del peso del lote adjudicado, y en fin, del precio de la adjudicacion.

Al lado de los vendedores están los pregoneros, que atienden á las subastas y publican los precios y las pujas.

Todo esto se hace tan pronto que se necesita tener allí mucha costumbre para salir adelante. Y hay que notar que el pabellon cuenta nueve lugares de subasta, que á cada una de estas ventas se agolpa una muchedumbre tumultuosa, y que todas las operaciones se hacen á un tiempo.

Entre los empleados inferiores debemos reconocer: 1º, á los que á la llegada de los carros toman nota de los cestos; 2º, á los que sacan y disponen el pescado antes de enviarle á la piedra de venta; 3º, á los descargadores

que hacen el servicio de los carros, y 4º, á los mozos que solo intervienen despues de la venta para llevar el pescado despachado, ya á las plazuelas secundarias, ya á los puntos que designen los compradores.

Hé aquí ahora cómo se efectúan las diversas operaciones de esta venta cotidiana. Desde las doce de la noche hasta la madrugada van llegando sucesivamente de los ferro-carriles los carros que traen el pescado á los mercados centrales. El primero de nuestros grabados representa la llegada de estos vehículos delante de la Pescadería. En cuanto amanece, los compradores saben por el contenido de los carros si la pesca será escasa ó abundante, y esta noticia establece al punto la tabla de los precios. Despues comienzan las subastas, que se prosiguen sin interrupcion hasta que queda todo despachado. Estas ventas se prolongan á veces hasta las dos de la tarde.

Terminaremos este rápido análisis de uno de los mercados mas curiosos y mas importantes de París con algunas cifras que establecen la estadística del consumo. En 1851 la venta del pescado en París no producía mas de 7 millones de francos, y en 1858 pasaba de 12 millones, cifra que tiende á aumentarse anualmente. Este aumento no debe inquietarnos; el pez es un animal de sangre fria, pero esencialmente reproductor. Cálculos curiosos han establecido que la hembra de un arenque, fecundizando sus treinta mil huevos y comunicando esta misma accion fecundante á todas sus crías, bastaría al cabo de algunos años para llenar el Océano.

H. C.

Revista de París.

Nuestros lectores se imaginarán tal vez que porque estamos en cuarentena tendremos que señalar durante estas semanas una interrupcion en las fiestas del invierno; grande sería su error en este caso: los parisienses saben hallar tiempo para entregarse á los ejercicios piadosos propios de esta época de penitencia sin suspender sus placeres nocturnos, sus bailes, soirées y conciertos. Nada impide que despues de haber oido por la mañana la inspirada voz del P. Félix, el sucesor de Lacordaire, en Nuestra Señora, se consagre la noche á los placeres mundanos. Es verdad que en las regiones oficiales hay mas reserva; es verdad tambien que en ciertas casas particulares el baile queda rigorosamente prohibido en los cuarenta días: pero en la mayor parte de los salones parisienses se continúan las fiestas como antes de carnaval, y se puede decir que solo durante la semana santa se tiene en cuenta de un modo general que estamos en un tiempo de austero recogimiento.

Sin embargo, nosotros nos contentaremos con dejar consignado el hecho, sin entrar en pormenores de esas fiestas profanas durante la cuarentena.

Tenemos que rectificar una noticia que dimos hace algunas semanas. Hemos dicho que M. Scribe se habia retirado del teatro, y que su despedida habia sido una ópera cómica que con el título de *Barkouff* se ha representado últimamente con éxito poco lisonjero; mas no es así: M. Scribe acaba de darnos otra produccion del mismo género que se ha estrenado estos últimos días con el título de *Circasiana*. Diremos en breves palabras su argumento.

La accion pasa á fines del siglo XVIII en Circasia en un blockhaus ocupado por una escasa guarnicion rusa.

El teniente Alejo Zouboff para distraer á sus compañeros les cuenta sus aventuras galantes. Salía del cuerpo de pages cuando una aventura de la corte, que se marchaba á sus dominios, se le llevó disfrazado de mujer y con el nombre de Frascovia.

El tío, que era el general ruso Orsakoff, se enamora locamente de la supuesta Frascovia, que para huir del general no tiene mas remedio que fugarse.

Un pintor de la corte llamado Lanskoï, enviado al Cáucaso para copiar tipos de circasianos, llega y se arroja en los brazos de su amigo Zouboff. Lanskoï propone representar comedias á fin de matar el tiempo; eligen *Adolfo y Clara*, y Alejo encargado del papel de Clara, quiere representarle vestido de mujer y toma un traje de «circasiana.»

El general Orsakoff llega á pasar revista, y se pone furioso al descubrir una mujer entre sus oficiales.

Alejo sorprendido con el disfraz, tiene que aceptarle de veras, y se da como hermana de Alejo, que ha sido hecho prisionero la vispera. En este instante llega la sobrina del general, la hermosa Olga Tremetieff, enamorada de Alejo.

En vista del parecido, toma á la circasiana por hermana del teniente. El general quiere llevarse á las dos señoras; pero Frascovia declara que tiene que esperar allí noticias de su hermano, y el general se marcha solo.

Lanskoï y Alejo que continúa vestido de mujer, permanecen en el fuerte cuando le invaden los circasianos, y estos les hacen prisioneros de guerra.

El jefe de los eunuocos escoge á Frascovia para el harem del sultan de los circasianos, y Lanskoï queda en libertad porque promete el rescate de Frascovia.

El segundo acto pasa en el serrallo de Abul-Kassim, sultan de los circasianos, adonde acaba de llegar Frascovia.

Las sultanas tienen muchos celos entre sí, y sin embargo, la bella Frascovia las hechiza á todas ellas.

Llega una nueva cautiva, Olga, la sobrina de Orsakoff, arrebatada por los circasianos.

Abul-Kassim la distingue entre todas, y declara que será su sultana favorita.

Por fortuna Alejo con el socorro de Lanskoï que llega á rescatarle acompañado de los oficiales de su regimiento, roba todas las sultanas del serrallo sin olvidar á Olga.

En esto se presenta Orsakoff con un regimiento ruso:

Frascovia escapa de sus manos y vuelve á tomar su uniforme de oficial.

Al principiarse el último acto han trascurrido seis meses desde el acto anterior.

Estamos en San Petersburgo. El general Orsakoff pasa la vida buscando á Frascovia.

Alejo se presenta á él, y á su aspecto el general se turba y se arroja en sus brazos y le pregunta:

— ¿Sois hermano de la mujer á quien amo locamente?

Alejo le pide la mano de Olga, Orsakoff se resiste al pronto, pero luego cede, bajo la condicion de que Alejo le dará su hermana Frascovia.

— Corriente, dice Alejo, pero yo tambien exijo una condicion.

— ¿Cuál es?

— Que mi hermana consienta en mi presencia.

Se celebran las bodas de Olga y de Alejo; y entonces Lanskoï entrega á Orsakoff una carta de Frascovia en la que le dice que se muere de amor por él, y que cuando reciba aquella carta ya no existirá. A Orsakoff le envanece tanto que una mujer haya muerto por su amor, que esta satisfaccion le consuela de la pérdida de la que ama.

Este argumento, que analizado brevemente dará sin duda al lector una idea muy pobre de la obra, es sin embargo uno de los mas felices que se pueden concebir para tener entretenido al público durante tres horas. Desde el principio hasta el fin, el público se rie de tantas burlas y tantos engaños; y aunque todos ellos estén algo reñidos con la sensatez, preciso es confesar que la intriga está urdida y llevada constantemente con un arte que no da lugar á las protestas de la reflexion hasta que uno ha salido del teatro.

Ahora tenemos que añadir que el autor de la música es M. Auber, quien á pesar de su edad avanzada, continúa siendo uno de los compositores franceses mas fecundos y distinguidos. Nada parece haber envejecido en este maestro, y sus melodías son hoy tan alegres y tan agradables al oído como cuando componía «la Muda de Portici» y «el Dominó negro.»

El público aplaude mucho la obertura, una de de las mas bonitas que ha escrito Auber; el aria de Olga «C'est étonnant,» las copillas de Lanskoï, un precioso coro de odaliscas y un lindísimo aire de baile.

La ejecución es digna de alabanza. M. Montaubry ha vencido con talento las muchas dificultades de su papel; M. Couderc se ha mostrado como siempre un excelente músico, y M. Barrielle hace reír al público desafortadamente interpretando el absurdo personaje de Orsakoff.

En suma, con la *Circasiana* M. Scribe se ha desquitado de *Barkouff*. M. Auber ha dado á conocer que conserva la inspiracion de sus mejores tiempos, y el teatro de la Opera Cómica se ha asegurado una buena cosecha de entradas durante algunos meses.

El juéves último ha tenido lugar en el Hotel de Villa una ceremonia interesante, la sesion solemne de distribucion de recompensas de la Sociedad zoológica de aclimatacion. La concurrencia era muy numerosa y brillante; veíanse allí las mas altas notabilidades en ciencias, industria y administracion.

La sesion, presidida por M. I. Geoffroy-Saint-Hilaire, principió por un discurso de M. A. Passy, que llamó mucho la atencion de la asamblea, y en el cual su autor despues de definir claramente el objeto de las ciencias y los hechos en cuya virtud se dan á conocer, vino á trazar los fines de la Sociedad zoológica, la rápida extension que ha tomado y los triunfos que ha obtenido.

Concluido este discurso, M. A. Dumeril presentó el cuadro del estado de los trabajos de la Sociedad durante el año último.

Un informe sobre los premios especiales que debe la institucion á diversas fundaciones particulares, proporcionó ocasion á M. I. Geoffroy-Saint-Hilaire de entrar en curiosos pormenores sobre los recursos que ofrecen á la industria y al comercio ciertas especies vegetales y animales cuya introduccion y naturalizacion en Francia prosigue activamente la Sociedad. De este brillante discurso vamos á tomar algunos párrafos relativos al viajero naturalista Delalande, que nos parece interesarán á nuestros lectores:

«Sucesivamente enviado por el museo de Historia natural para enriquecer las colecciones á España y á Portugal en 1800; al Mediodía de la Francia en 1813; al Brasil en 1816 y al Africa austral en 1818, Delalande sobrepujo en todo y por todo las esperanzas que habia hecho concebir. Antes de su viaje se conocian muy poco las producciones del vasto imperio brasileño; pero Delalande hizo allí tan riquísima cosecha, que en los puntos por donde pasó escasas fueron las cosas que dejó á la ciencia de sus sucesores. Y sin embargo, este no es mas que uno de los méritos secundarios de Delalande; su título principal, el que le hace pasar por el modelo casi incomparable de los viajeros naturalistas, es su gran expedicion al Africa austral, hecha durante tres años con un valor y una energía de que hay pocos ejemplos. Catorce mil animales depositados por Delalande, á su regreso, en las colecciones del Museo, lo atestiguan así aun en el día; entre estos catorce mil animales se contaban muchas ballenas y todos esos animales gigantes de la tierra africana, esa «patria de los milagros,» como la llamaban los antiguos. Eso hizo Pedro Delalande sin mas ayuda que la de un niño, su sobrino Julio Verneaux, que tenia á la sazón doce años, y algunos hotentotes siempre prontos á desertar su puesto cuando los azares de la caza se parecían demasiado á los peligros de la guerra.

» ¡Qué de incidentes, qué de episodios en las numerosas excursiones de Delalande por el Africa austral, y cuánto valor y cuánta sangre fria en esos incidentes! Muchas veces el viajero para coger un animal raro llega hasta el campamento de los cafres, empeñados entonces en una guerra á muerte contra los ingleses, es decir, contra todos los blancos sin distincion. Un día un hipopótamo herido al primer disparo se lanza

sobre Delalande; el intrépido cazador tira, y el coloso cae muerto casi encima de él; es el primer individuo bien conservado que se halla en las colecciones. En otra caza más inocente, pues era una caza de insectos, otro peligro quizá mayor aun amenazó á Delalande: su mano, que bajó para coger una mariposa, tocó la cabeza de una pantera que estaba espiando su presa, escondida entre el follaje; cada uno de los cazadores retrocedió al punto algunos pasos, pero el único que se espantó fué la pantera. Delalande tomó su arma y volvió al punto sobre ella para añadirla á su colección; pero el animal no aceptó el combate, saltó y desapareció en el impenetrable bosque. ¡Decepcion ligera para Delalande! Pero en otras ocasiones, ¡cuánto sentimiento! Un día sobreviene de repente una tempestad violenta, y las olas embravecidas rodando sobre la playa, arrastran una ballena preparada por Delalande á costa de seis semanas de trabajo: ella habría sido la cuarta de su gran colección osteológica...

» Delalande se había marchado lleno de juventud y de salud; cuando volvió del Cabo, apenas en la edad de treinta y tres años, se inclinaba ya hacia la tumba adonde debía bajar con él una parte de los frutos de su memorable viaje; sus recuerdos, sus innumerables observaciones sobre las costumbres de los animales, sus estudios geográficos sobre las regiones, tan poco conocidas aun, en que había penetrado. Delalande no ha publicado más que una relación sumaria de su viaje; su muerte prematura ha privado á la ciencia del libro que debía ser el verdadero monumento de esta víctima de la ciencia.

» Los servicios hechos á las ciencias por los viajeros no han sido en ninguna sociedad más honrados que en la nuestra, y así debía ser, pues no solo tienen derechos á nuestra estimación y simpatía, sino que los tienen á nuestra gratitud. Sin su concurso el movimiento de la Sociedad muy luego se detendría. Por eso se han creado en su seno para los viajeros los títulos de miembros honoríficos, que constituyen sus más elevadas recompensas. Si Delalande hubiese vivido, su nombre estaría sin duda á la cabeza de nuestra lista. La fundación de madama Guerineau nos da el derecho de inscribirle después de su muerte. Al menos estará grabado en la gran medalla de oro que acaba de crear la digna hermana de Pedro Delalande, y que según sus intenciones debe otorgar la Sociedad al viajero que desde el origen de nuestra institución haya hecho más servicios á las ciencias en el orden de nuestros trabajos, y en una de las dos partes del mundo, el Africa y la América, en cuya exploración consumió su vida Delalande.»

El discurso del sabio naturalista del que hemos traducido estos párrafos, fué seguido del informe del conde de Epremnil sobre las recompensas, que se otorgaron para finalizar la sesión en medio de los aplausos de los concurrentes.

MARIANO URRABIETA.

El serafín y la mujer.

Era tu amante. Desdeñado, triste,
Y el triunfo viendo de un feliz rival,
La esperanza perdí de hacerte mía
Y de obtener tu corazón jamás;

V arrancar no pudiendo de mi pecho
Ni tu memoria ni mi amor fatal,
Siéndome odiosa ya sin tí la vida
Y un infierno sin tí la eternidad;

Volví mi corazón y alcé mis ojos
Con lágrimas al Padre universal,
Y le pedí que me tornase en nada
O se dignase verme con piedad.

Y él me escuchó; — la voz oyó de su hijo;
Tornó mi corazón á palpitár,
Y una esperanza angélica, divina,
Bajó del cielo y sosegó mi afán.

¡Ay! la hermosa mujer que tanto amaba
De improviso ante mí desapareció,
Y en su lugar brillante alzóse un ángel,
Un ángel, sí, brillante más que el sol.

Cayó la carne: el alma presentóse;
Yo comprendí la gran bondad de Dios;
Yo comprendí que todo aquí no acaba,
Que hay otro mundo de inmortal amor.

Y ya inspirado con tan grande idea
Pulsé mi lira y levanté mi voz,
Y te cité para el postrero día
Para el reino infinito del Señor.

Y aunque lloraba, dulce me era el llanto,
Que iba mezclado con mi triste adiós
Un dulce sentimiento de esperanza,
Que aliviaba el pesar del corazón.

Hoy, Delina, yo te amo todavía;
Te amo, Delina, cual jamás te amé:
Te amo, te adoro, todo yo soy tuyo,
Cuanto ya he sido, cuanto habré de ser.

Y ¡oh dicha inmensa! ¡inapreciable gloria!
Soy amado de tí, tengo tu fe;
No hay ya desaires que affigirme puedan,
Ni rival á quien deba aborrecer.

Ahora yo pues debiera ser dichoso...
Mas ¡ay infortunado! ¿lo diré?
No soy feliz; tu amor, que es mi tesoro,
Es quien me roba mi quietud también.

No hay ya ilusión; el ángel ha volado
Y en su lugar ha vuelto la mujer:
¡ Hermosa, seductora, irresistible,
Que me tiene en cadenas á sus piés!

¡ Ah! vivir pude y esperar tranquilo
Cuando en tí contemplaba el serafín;
Mas hoy que adoro en tí mi dulce amante,
No puedo ya, no puedo en paz vivir.

Tus miradas de fuego me anonadan,
Me hacen temblar tus labios de carmin;
La imagen de tus gracias virginales
Donde quiera me viene á perseguir.

¿ Será la dicha pues un don funesto,
Y tu amor un castigo para mí?
¿ Será infalible pues que acá en la tierra
No podré, mientras viva, ser feliz?

¡ Ah! ni hay ya para mí más que dos muertes:
— O espirar de dolor lejos de tí,
O en tu seno adorado y palpitante
De dicha inmensa y sin igual morir.

Un sueño.

Junto contigo caminar la vida;
Una tras otra ver volar las horas;
Al mundo y á sus dichas impostoras
Volver la espalda y dar la despedida;

Entrar de amor en la región profunda
Solos tú y yo; de amor no más viviendo,
La luz gozar que hoy lejos estoy viendo,
Última luz de amor que al hombre inunda.

¡ Esto contigo! ¡ unido yo contigo!
¡ Rabia y dolor! ¿ es esto solo un sueño?
— Recio su puerta amor cerró con ceño,
A tí y á mí negándonos abrigo.

JOSÉ EUSEBIO CARO.

Era cristiana.

(Conclusion.)

« Dejad á esos pobres hombres, decía Gamaliel, cuando Pedro y Juan comparecieron ante el Sanhedrin. Si sus obras son obras de los hombres, pronto pasarán; pero si son obras de Dios, vanos son todos nuestros esfuerzos. » Y las obras, como obras de Dios, atravesaron victoriosas diez y ocho siglos, y durarán más de lo que dure el tiempo. En ellas quebrantará estéril mi brio salvaje y estrellará su odio infecundo la descreída demagogía: en ellas cansará sus furores sin resultado la soberbia tribunicia.

¿ Qué temen en su misión redentora los discípulos de Jesús? No los desalienta cosechar desprecios ni persecuciones por recompensa de sus fatigas, ni los acobarda recoger maldiciones ni alcanzar la muerte por premio de sus trabajos apostólicos. Es superior á todo obstáculo su fe, á todo contratiempo su esperanza, á todo sacrificio su caridad. Mas allá de los desiertos del sepulcro esperan el digno galardón. Como la inmensa gloria presupone el inmenso sacrificio, no tiene el mundo remuneración correspondiente á su evangélica heroicidad. Esos pobres hombres, « sin ejércitos y sin legiones, vencerán á los tiranos, domesticarán á los leones, quitarán á las llamas su intensidad, y su punta al acero homicida, » en testimonio de la santa misión, encomendada por el Divino Maestro. En posesión de la verdad esos hombres sencillos, su palabra es lacónica, encendida, convincente. Subyuga al ignorante como subyuga al sabio que no se rebela por el falso interés de la mentira. Superiores á toda frívola tentación humana, fija la mirada en el blanco de su misión divina, mal puede satisfacerlo perecedero á quienes buscan lo inmortal, mal puede atraer lo limitado á quienes remontan el pensamiento á lo infinito. De más alto entusiasmo, ni de más noble heroísmo, no tienen noticia las gentes. Como verdad de virtud fecundísima, penetrará la doctrina apostólica el corazón de los muchedumbres y arrollará toda resistencia poderosa, para ascender en las esferas sociales hasta el solio de los Césares. Emperatriz del mundo por el amor, soberana de la inteligencia por la verdad, la doctrina apostólica conquistará á los bárbaros para la civilización y á los impíos para la Iglesia católica. Doctrina purificada en el crisol de todas las tribulaciones, que pudo inspirar el infierno á los verdugos de la humanidad, verá hundirse en el polvo los grandes imperios del mundo, y sucederse, como una ola á otra ola, los delirantes sistemas de los filósofos, las locas teorías de los tribunos, dejando para memoria la huella profunda de su incendiaria dominación. Ella verá desfilar desde su trono inmortal, para dar cuenta á Dios de sus buenas obras, á los tribunos que oprimieron el pueblo, á los filósofos que blasfemaron, á los tribunos que mintieron, á las muchedumbres que deliraron.

Recorred las distintas civilizaciones por que ha pasado la tierra, y decid si hay alguna capaz de sostener el paralelo con la civilización cristiana. Y el cristianismo, que llama Porfirio « bárbara audacia, » y Voltaire « doctrina infame, » debe ser barrido de la superficie de la tierra conforme al espíritu enciclopédico del siglo XVIII, porque el cristianismo entraña la degradación del género humano, abate las alas del genio, mata la gloria, encadena la libertad, nada más insensato que su moral; na-

da más absurdo que sus dogmas; nada más extravagante que sus ritos... Y esos bárbaros que así reniegan del cristianismo, levantan altares á la diosa de la razón que nunca ha enjugado una lágrima, y que ha hundido en el oprobio y ahogado en sangre la majestad del pueblo francés. La impiedad no es el genio, como no es la ignominia la gloria, ni la locura la libertad.

Y nuestra religión revalida al hombre los títulos de su grandeza perdida, presta al genio alas vigorosas para remontarse á los cielos, levanta en el corazón un entusiasmo de gloria, superior á todo entusiasmo, y enciende el amor á la libertad, á la verdadera libertad, amor capaz de los más grandes prodigios. El verdadero héroe cristiano es el mártir. ¿ Hay alguien que pueda excederle en valentía, en abnegación, en magnanimidad? ¿ Hay genio más noble, gloria más alta, libertad más excelsa?

El héroe cristiano desafia toda resistencia, condena toda iniquidad, vence toda obstinación que puedan detenerle en su camino. Atraviesa las soledades, salva los torrentes, no teme el hambre, vence el sueño por conquistar á los bárbaros y regenerar á los impíos. No le altera el desden de los sabios que reprobaban su fanatismo, no le acobarda el temor de que los salvajes, por premio á sus fatigas, le desgarran las carnes, le quebranten los huesos, le beban la sangre. — No le desanima que los incrédulos, por recompensa á tanto amor, le escarnezan, le agarroten, le crucifiquen. Si el fanatismo es el delirio por una idea, y esa idea es la gloria de Dios y la honra del hombre, ¡ santo delirio! alabemos, bendigamos, ensalcemos á ese sublime fanático. Algo más que la corona del héroe vale la aureola del mártir.

Si nuestra edad no comprende este idioma, nuestra edad pasará con su prosaísmo numérico, el más villano de los prosaísmos, y vendrá otra edad de más levantado sentimiento que comprenderá este idioma. La verdad no pasa con las horas, tiene por dominio la eternidad. Si hoy la desconocemos nosotros, mañana la proclamarán nuestros hijos ó nuestros nietos. ¡ Esperemos!

Donde quiera que es adorada la cruz, siente el hombre su nativa dignidad; y entra la mujer en posesión de sus nobles títulos allí donde se levantan altares á María madre de Dios.

No puede menos que ser divina la religión que defiende al débil contra el fuerte, al pequeño contra el grande, al oprimido contra el opresor. La religión que tiene abrigo para todas las miserias, bálsamo para todos los dolores, esperanza para todas las desventuras. La religión que nos recuerda á todos, pobres y ricos, la fragilidad de nuestros padecimientos y la fragilidad de nuestras glorias. Todos los pueblos sienten por intuición la necesidad de un númen tutelar de sus destinos. ¿ Hay númen que pueda acercarse al númen del cristianismo?

Una crisis penosa gravita sobre la humanidad. La falsa tribuna infundió en el corazón de los pueblos el desecante indiferentismo, que es la muerte del alma. A fuerza de halagar las malas pasiones y de otorgarles falsos derechos, han creído las muchedumbres que todo les es permitido, hasta renegar de Dios. Van creyendo los pueblos que son esclavos cuando no son insolentes; que no están en posesión de sus derechos naturales cuando tienen que trabajar para vivir; que han sido robados cuando hay ricos en la tierra; que son fuertes, cuando son numerosos y desalmados; que son soberanos cuando satisfacen impunemente los arranques de su encono y de su ferocia. Van creyendo los pueblos que la propiedad es un robo y un absurdo la familia; y que siendo la voluntad pluripersonal la expresión legítima de la soberanía, y habiendo mayor número de vagos que de laboriosos, mayor número de ignorantes que de instruidos, mayor número de protervos que de hombres honrados, el arreglo social, el gobierno, incumbe por derecho inmanente á los vagos, á los idiotas, á los protervos. Del solio al pontificado no hay distancia perceptible. El cetro y la tiara corresponden al mayor número, en digno acatamiento al dogma de la soberanía popular.

En la mar siempre agitada de nuestras contiendas civiles, van naufragando unas tras otras, las altas condiciones morales de tan buena índole, con que nos amantaron aquellos sublimes fanáticos que vinieron del otro lado del Atlántico á humillar la idolatría para enaltecer la Cruz. Tras el empeño de renegar de nuestros padres, viene el empeño de renegar de Dios. A la superstición inocente de nuestros padres, oponemos la más descarnada incredulidad. Los templos que edificó su barbarie, los derriba nuestra civilización. Los campos que roturó su diligencia, por amor á la familia, los tala nuestro odio al hogar doméstico, nuestra envidia á la propiedad. Ellos rindieron culto al gobernante: nada para nosotros más digno de menosprecio que la autoridad. El cetro simbolizaba entonces la servidumbre, hoy simboliza el puñal la libertad. ¿ Quam rempublicam habemus? ¿ Ubinam gentium sumus?

¡ Ay de nosotros, y de nuestros hijos, y de nuestros nietos el día en que naufrague en el mar de sangre de nuestras discordias civiles la última reliquia de nuestras creencias cristianas! La política, nada más que la política, absorbe nuestras potencias, deprava nuestras costumbres, vicia nuestro corazón. Ni un cuidado nos merece el dogma: la moral es negocio subalterno para nosotros: la cuestión « gobierno » es nuestra cuestión vital. Y no hay gobierno posible, ni gobierno digno de memoria, si no lo apoya la moral, si no lo escudan las buenas costumbres. Que principie temiendo á Dios el pueblo, y acabe respetando la autoridad, que vela por los intereses y por la gloria de la república. Si nos aturde y nos espanta el desconcierto moral en que vivimos, contraigamos nuestra solicitud á mejorar la he-

rencia de nuestros hijos. Estudiemos la manera de cegar el abismo cavado á nuestros piés, por nuestra propia locura, por nuestra mentida piedad, por nuestro fatal ejemplo. Persuadámonos que el cristianismo es la *sal* y la *luz* de los gobiernos, que solo él hace inmortal el amor á la familia, é incontrastable el órden de la sociedad.

Tan honda y tan extensa es la llaga moral de los pueblos modernos, sobre todo en aquellos en que la demagogia se ha desatado mas furibunda, que un poeta, de fibra varonil, ha lanzado en su justa indignacion estos terribles acentos, dignos de la gallarda musa de Herrera:

De la cárcel candente del infierno
Se ha libertado Júpiter tonante,
Y ardiendo en odio y en rencor eterno,
A Cristo insulta en rebelion triunfante.

La vil soberbia, el sacrilegio, el robo,
El orbe infestan en nefanda guerra.
Es un monton de podredumbre el globo,
Es de bandidos un burdel la tierra.

Do quier blasfemias y salvajes gritos,
Do quiera escombros y cinismo inmundos,
¡La Cruz sucumbe! los antiguos mitos
Están tomando por asalto el mundo.]

Continúe envenenando los pueblos la soberbia tribunicia. Declaren la guerra al cristianismo las turbas tumultuarias. En nombre de *sus derechos immanentes* paseen en triunfo por la tierra su bandera indigna los asesinos y los incendiarios, los idiotas y los protervos. Llévase la profanacion hasta el santuario de la familia, y arrebate la impiedad con mano temblorosa la lámpara encendida delante del tabernáculo de Dios. Los demonios conjurados vengan á tomar á saco el mundo. Tiemble toda convulsiva de horror la tierra. Nuevo crisol para el cristianismo: nueva victoria para la palabra evangélica: nueva auréola para el mártir de la Cruz. La fuerza del desórden hará enmudecer al tribuno, espantado de su palabra. Como pasa la embriaguez para dar entrada á



M. BECLARD, COMISARIO DEL GOBIERNO FRANCÉS EN SIRIA.

la postracion, pasará el frenesi tumultuario, y el pueblo furioso será pueblo penitente. Acosados por la conciencia, tras el cansancio del crimen, huirán á esconder su puñal el asesino y su tea el incendiario. Acobardará al idiota su nulidad, y sus maldades al protervo. Rescatará sus fueros la familia, su adoracion la Divinidad. Ante el *sol de la justicia* huirán los demonios conjurados, y la tierra agradecida alabaré y bendecirá y ensalzará á Dios. Y el cristianismo abrirá sus brazos, capaces de abrazar el mundo, para estrechar contra su seno y calentar contra su corazon á los naufragos que quebrantaron su brio, bogando por el océano de la impiedad. *La era cristiana*, era de nuestra regeneracion, tabernáculo de nuestras glorias, es la era del porvenir del mundo, porque *el cristianismo es la ley social de la humanidad*.

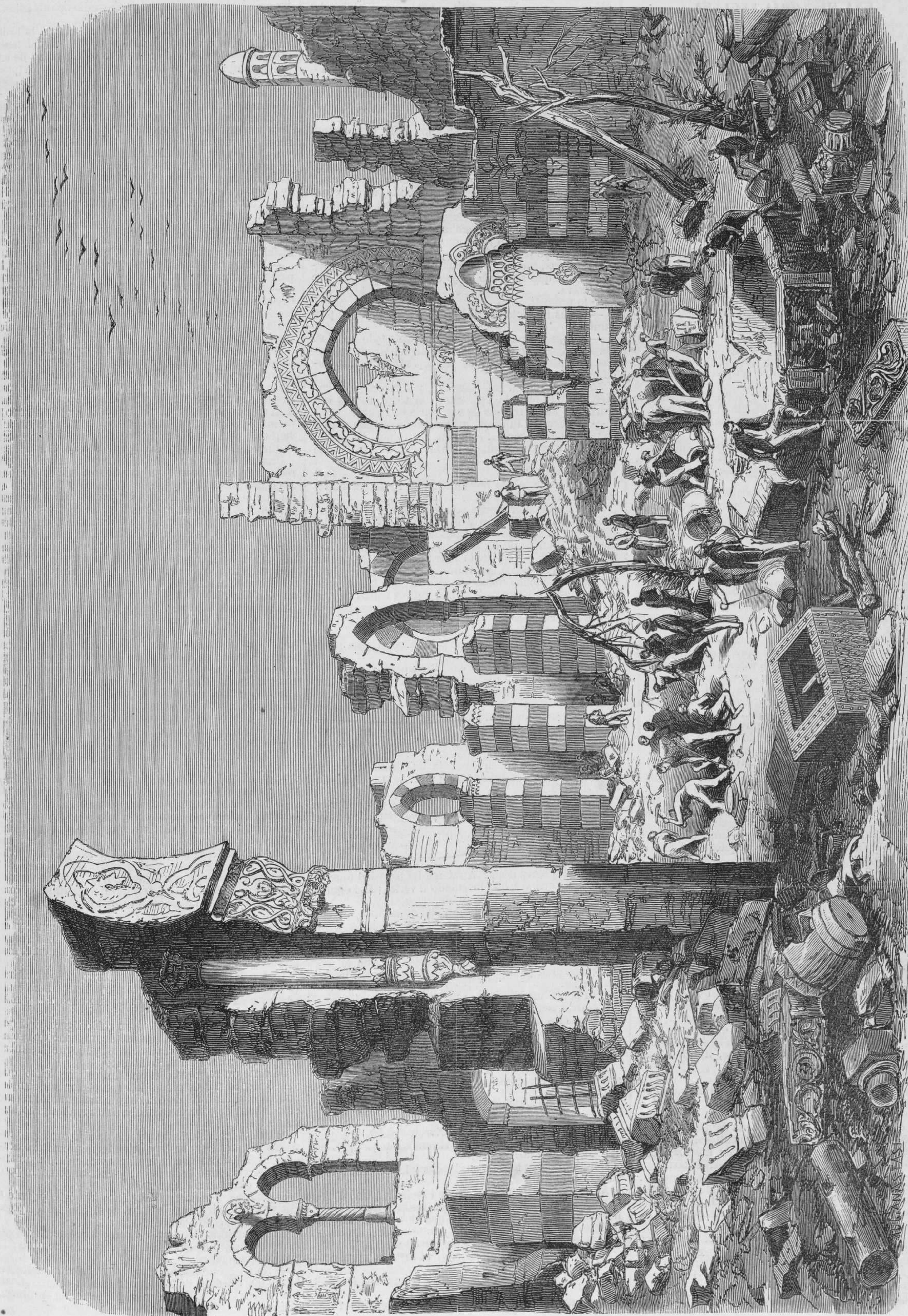
EVARISTO FOMBONA.

La expedicion de Siria.

Se acerca el dia en que se va á tratar seriamente de la reunion de una nueva conferencia de las partes interesadas en el tratado de 1856, para la prolongacion de la ocupacion francesa en Siria considerada como necesaria por la Francia, segun se asegura. Los diarios hablan ya de la oposicion de la Puerta á la reunion de la conferencia, y anuncian tambien una protesta general contra el proyecto de mantener en Oriente á las tropas francesas. Por último, parece ser que tambien el gobierno turco se resiste á los proyectos concebidos por la comision europea de Beyruth, para organizar un gobierno de cristianos. Damos tres dibujos en estas páginas que representan, el primero al comisario francés M. Beclard; el segundo el paso de los comisarios europeos por la garganta del Barada para proceder á las operaciones de su mision, y el último unas ruinas del barrio cristiano de Damasco.



PASO DE LOS COMISARIOS EUROPEOS POR LA GARGANTA DEL BARADA.



RUINAS DEL BARRIO CRISTIANO EN DAMASCO.

W. G. B. EAST

— No, querida mía, no; deja esos pensamientos.

No sabiendo en verdad qué era lo mejor que podía hacer, llamé á John y le conté lo que había ocurrido.

John tomó á su niña en brazos y la llevó á su cuarto sin pronunciar una sola palabra.

Desde aquel momento no cesamos de temblar por nuestros queridos niños. Durante una semana de hora en hora observamos atentamente los menores cambios que en ellos se producían; luego Muriel cayó enferma.

Yo fui quien debí decirselo á su padre cuando llegó á casa por la noche. Le salí al encuentro cerca del riachuelo, y le dí la noticia que pareció ser para él el golpe de la muerte.

— Muriel! ¡Oh! ¡Dios mío!... ¡no, ella no!...

Ví entonces que no me había engañado en mis suposiciones; Muriel era la más querida de todos sus hijos.

Edwin y Walter tuvieron también las viruelas, pero más benignas. Ninguno estuvo en peligro, excepto Muriel.

Sin embargo, muchas semanas tuvimos en casa la enfermedad, como se dice vulgarmente; época bien triste para los padres que no conocían entonces reposo ni de día ni de noche. John y su mujer soportaron la prueba con valor y salieron de ella felizmente; sus hijos sanaron.

La primera vez que los niños pudieron bajar á la sala fué un domingo del mes de noviembre, día en que los campos estaban cubiertos de niebla, y la lluvia caía con fuerza sobre la tierra que habían secado los vientos del Este.

Muriel llegó muy risueña en brazos de su padre y se quedó tendida en el sofá. La luz de la lámpara iluminaba su rostro pálido que había respetado la enfermedad. Estaba sin duda más hechicera que nunca, pues si había perdido algo de las gracias de la infancia, respiraba una dulzura angélica.

— ¿Te sientes bien? la preguntaban de tiempo en tiempo su padre y su madre contemplándola, y ella respondía siempre:

— Muy bien.

Por la tarde cuando los niños jugaban en la cocina y John y yo de pie en el umbral de la puerta escuchábamos el ruido monótono de la lluvia que caía sobre los árboles del jardín, resonó « la voz de Muriel » al cabo de un silencio de muchas semanas.

Las notas del viejo clavicordio resonaban lentas y armoniosas; la niña tocaba un canto de iglesia, y á esta música religiosa sucedió una melodía suave, extraña y desconocida.

Ursula se acercó á su marido y pasó un brazo bajo el mío. Los padres se miraron; sus corazones rebosaban júbilo y gratitud.

IV

— ¡Qué felicidad! ¡Los días principian á crecer! ¡Qué largo y qué triste ha sido este invierno! ¿no es verdad, amada mía? ¿Quién te ha traído esas violetas?

Y John sentándose en un lado de mi pequeño sofá donde Muriel se ponía después del té, tomó en sus manos el rostro de la niña hechicera, y la preguntó cuándo quería pasearse con él.

— Mañana, respondió sonriendo.

— Hace tiempo que decimos *mañana* y ese mañana nunca llega. Creo que Muriel ya está fuerte para salir, ¿no es cierto, Ursula?

Ursula vaciló; dijo que temía el viento del Este.

— Pues yo creo que sería bueno para ella que no hiciera caso del viento y que saliera á jugar con sus hermanos. ¿Qué te parece, Muriel?

— ¡Oh! No, respondió retrocediendo involuntariamente.

— Comprendo, repuso el padre tratando de disimular su inquietud; las niñas son por naturaleza menos fuertes que los muchachos.

— Muriel recobrará todas sus fuerzas cuando venga el buen tiempo, dijo Ursula con alegría. Ahora mismo lo decías, John, hemos tenido un invierno tan rigoroso. Todos los niños han padecido más ó menos, añadió llenando una taza de leche para su hija, á la que cada cual daba á porfía todo lo mejor que había en la casa.

— Sí, todos han tenido algo, repitió John mirando á los niños en cuyas mejillas habría sido difícil descubrir la menor huella de enfermedad; pero tengo un remedio soberano. Ayer hablé á Mrs. Tod y está dispuesta á recibirnos. ¿Os gustaría ir á Enderly, hijos míos? Ireis á la casa de las Rosas en cuanto el campo esté verde.

— ¿Es absolutamente necesario? preguntó Ursula que había tomado mucho cariño á Longfield.

— Sí, á menos que no consintais en dejarme ir á mi solo.

— ¡Con tanto fastidio como tienes en la fábrica! ¿Por qué hablas tan ligeramente?

— No hablo con ligereza, sino con alegría. Hay que soportar con valor esos enojos, que no pueden durar, por más que se empeñe lord Luxmore. Si como ya he dicho, alquilo este año Longfield á sir Ralph, ahorraremos lo bastante para poder reparar completamente la fábrica, pues si su dueño se niega á hacer esas reparaciones, las haremos nosotros, y además tendré una máquina de vapor.

Ahora bien, esta máquina de vapor era un proyecto bastante atrevido que habíamos discutido con frecuencia en las largas veladas del invierno.

Cuando se trató del asunto por primera vez, Ursula tomó un aire muy formal, lo que no era de extrañar por parte de una esposa y una madre en aquella época

en que toda innovación era acogida con desconfianza y terror....; el progreso y la ruina eran sinónimos para muchos de aquellos que se habían dejado seducir.

Ursula habría podido opinar así no teniendo una entera confianza en su marido; al oír mentar la máquina de vapor, dijo con una sonrisa:

— Lady Oldtower me ha hablado de eso hoy, y abraza la esperanza de que no te arruinarás como M. Miller, de Glasgow. Yo la he respondido que no tenía el menor temor acerca del asunto.

— Es más fácil inspirar confianza á otros cuando uno posee ya la de su propia familia, dijo John mirando tiernamente á su esposa.

— ¡Oh! No temas nada: tú harás fortuna á despecho de lord Luxmore.

Es de advertir que durante el invierno John Halifax había podido convencerse de que lord Luxmore no había faltado á la verdad al lisonjearse de que poseía una memoria excelente, pues el conde le había dado mil pruebas de ello.

John soportaba todo esto con valor, pero la lucha era penosa, y lo habría sido mucho más sin la intervención de una persona á quien John comenzaba á dar el título de *amigo*; al menos esta persona no le llamaba jamás de otra manera: quiero hablar de nuestro vecino sir Ralph Oldtower.

— Ursula, ¿cuántas veces ha venido á verte lady Oldtower?

— Ya sabes que vino por primera vez después de la enfermedad de nuestros niños. Creo que después me ha hecho dos visitas. Hoy nos ha convidado á Muriel y á mí á que vayamos á almorzar con ella; yo he dicho que no.

— Con algún rodeo, ¿no es verdad, Ursula? La habrás dado á entender que no es por descortesía... ¡eres tan franca!... En fin, un día llegará en que podremos rozarnos con las personas más encumbradas del país.

A mi juicio John, aunque sin dejarlo traslucir, poseía un presentimiento secreto de lo que había de llegar á ser; presentimiento que por punto general se advierte en los hombres que se han labrado por sí su fortuna. Todos estos poseen el instinto del grado de elevación á que alzarán tarde ó temprano, y llegan infaliblemente al punto que se han marcado.

Algunas semanas después salimos para Enderly.

Aunque John diera por razón de este cambio de residencia la necesidad de su presencia en la fábrica, tenía otro motivo que no se confesaba á sí mismo, pero que se dejaba ver en todas sus miradas, sobre todo cuando trataba de sacar á Muriel de su apatía hablándole de Enderly, de las flores que allí crecían, y de la meseta donde se respiraba una fresca brisa por mañana y tarde. Se advertía que trataba de inspirarle amor á este mundo y á las cosas del mundo; pero luego se alejaba con tristeza de la niña, que después de haberle escuchado sonriendo, se dirigía hácia el clavicordio y nos hacía oír una melodía suave y melancólica que parecía no tener nada de terrestre.

Llegamos á Enderly por el valle donde estaba situada la fábrica de John.

Muy á menudo en nuestros paseos nos habíamos detenido á escuchar el ruido de la cascada ó á mirar el movimiento incesante de la rueda. Poco pensábamos entonces que John llegaría á ser amo de todo aquello.

Era para nosotros agradable y triste á la vez el hallarnos en Enderly, el subir por las praderas en cuesta y por los estrechos senderos que tantas veces John me había ayudado á recorrer. No habría podido hacerlo aquel día; pues llevaba á su hija en brazos, como debía llevarla cuando el camino no era bueno.

Permanecimos algunos instantes sobre una pared baja donde casi todas las tardes, después de la marcha de miss March, iba yo á esperar el regreso de John, mientras miraba cómo el sol se ponía por detrás de Nunneley-Hill.

— Enderly siempre lo mismo, Phineas, me dijo John; doce años no han producido cambio ninguno... excepto en nosotros, añadió sonriendo tiernamente á su mujer, que se daba detenido á poca distancia con sus tres hijos. Creo que el comentario de toda la vida podría resumirse en estas dos respuestas sentenciosas que nuestro amado Shakespeare pone la una en boca de Hamlet y la otra en la de Otelo: *Esto es bien extraño, y Mas vale que así sea.*

— Sí, si, contesté yo con melancolía; mas vale que así sea.

(Se continuará.)

Un estío en las márgenes del Danubio.

PASEOS AL PAIS DE LOS GETAS.

1.

BUKAREST.

¡Alabado sea Dios! Mañana salimos al campo. No hay duda que Bukarest es una hermosa ciudad... sobre todo una ciudad interesante. Allí en efecto, el Oriente y el Occidente ofrecen los contrastes más curiosos. En pie, detrás de un espléndido carruaje, en el cual señoras elegantes se muestran ataviadas con las últimas modas de París, se ostenta envuelto en una capa cuyos pliegues purpúreos ocultan su blanca vestidura, un albanés de rostro marcial que clava de tiempo en tiempo una mirada de satisfacción en el puñal que lleva en el cintillo. Una joven que hace poco se paseaba por el boulevard de los Italianos pasa al lado de un *toigan* (jitano) cuyas fac-

ciones curtidas ofrecen el carácter indeleble de las razas inferiores del Indostan. Un aldeano, vestido como los dacios de la columna Trajana, se apoya indolentemente en la verja de un jardín bastante largo, donde se pasean helenos fumando en una pipa con tubo de palo de cerezo. Al extremo del jardín hay un pabellón á cuyo frente algunos negociantes griegos, armenios, judíos y rumanos, fuman y hablan tomando tacitas de café. Rayos de luz color de rosa despedidos por el sol en el ocaso que desaparece detrás de las colinas de Cortea-Veque iluminan ese grupo tan sereno como el cielo oriental. Enfrente se eleva un vasto palacio que tiene á cada extremo un vergel en el que florecen el jazmín y las rosas. Dos puertas cocheras por las cuales entran y salen muchos carruajes se abren á los dos lados de un patio en semicírculo plantado de tilos y adornado en el centro con una estatua y dos esfinjes de mármol. Cerca del vestíbulo se nota la blanca portada de una capilla, y el perfume del incienso que de ella se exhala se mezcla con el de los naranjos. Un jardín á que dan sombra añosos árboles y que el rápido Dimbovitza rodea con sus ondas, se extiende en forma de media luna en torno del patio: una pared oculta por sauces llorones le separa del río.

Es cierto que en esta habitación todo respira el bienestar, pero no lo es menos que el 24 de agosto Bukarest es una población insoportable. En sus calles largas y estrechas el lodo del invierno se convierte en polvo abrasado. Una temperatura de 25 á 30 grados Reaumur, á la sombra, hace de la ciudad un horno encendido. Pero ¿qué gran ciudad ofrece una estancia tolerable en esa época? El verano es sofocante por todas partes, aun en Petersburgo. El sol tiene sobre los centros de población la acción más desastrosa; desenvuelve tantas emanaciones equivocadas, tantos miasmas, que á cada instante del día se suspira involuntariamente por el aire puro que circula por los floridos prados ó por la montaña. — Se dice que los latinos no tienen afición á la vida rústica y que no comprenden la naturaleza. Esta tesis parece bien absoluta cuando se oye á los poetas de la corte de Augusto hablar de la vida campestre con tanto entusiasmo.

II.

EL MOLINO POBRE.

Aunque ninguna rumana tenga el apetito proverbial de una alemana ó de una inglesa, sin embargo, yo experimenté la mas viva alegría al detenerme para almorzar en la estación de *Moara Saraka*. El calor era excesivo; pero también el soplo de viento que agitaba las copas de los perales silvestres era tan puro y oloroso, que yo le respiraba con una voluptuosidad infinita. El almuerzo improvisado que me esperaba no me infundía recelo ninguno. Nuestros labradores rumanos están muy lejos de parecerse á los ricos campesinos que el célebre novelista suizo Alberto Bitzius designa con el nombre de « paisanos. » Su interior es muy modesto, aunque no habitan ya como sus padres aquellos tristes *borderis* que parecían grandes hormigueros cuando la tierra que cubría su techumbre estaba cubierta de gramíneas. Hoy risueñas aldeas embellecen el llano que rodea la capital de los *domni* (príncipes) de la Valaquia. Pero como en todo el Oriente, los muebles de las cabañas son escasos. Entre los utensilios de cocina, figura en primer lugar la cazuela que sirve para hacer la *mamaliga*. Yo tenía deseos de comer este manjar nacional para todo verdadero rumano. Confieso que nada es más sencillo; pero sin embargo, prefiero la mamaliga á las fastidiosas composiciones de « la antigua cocina germánica, » celebrada por Enrique Heine. El maíz dorado de nuestras llanuras, reducido á harina, se convierte en poco tiempo en un cocido sustancioso que tiene la doble ventaja de exigir poquísimos preparativos y de poderse trasportar fácilmente. Cuando el aldeano trabaja en el campo, enciende una hoguera en cualquier parte, y cuelga sobre la llama de tres pedazos de madera cruzados, su cazuela llena de agua. Cuando el agua comienza á hervir echa en ella con un poco de sal, la harina que no tarda mucho en espesarse. En los grandes días se añade leche, queso fresco y pescado salado. Yo que consideraba como una fiesta mi paso por el *Molino pobre*, llevé de la sensualidad hasta el punto de echar en la harina nata y huevos que la mujer del maestro de postas hizo cocer con el mayor cuidado. Una mesita redonda, muy baja, estaba en el patio delante de la humilde choza. Tendidos mas bien que sentados en unas alfombras de toco tejido, repartimos nuestra comida campestre con la hija de la casa, joven muy despierta, alta, de hermosos ojos negros, de lengua suelta y de risa franca y jovial. Los convidados que no tenían puesto con nosotros se sentaron en un banco de tierra pegado á la pared de la casa y que sirve de lecho de reposo á los labriegos después de las duras faenas del día. En nuestro derredor se extendía una campiña pedrada, pobre, devorada por un sol ardiente. A lo lejos algún árbol raquítico, y mas cerca la rueda de una noria eran los únicos objetos que se destacaban en aquella monótona soledad.

La vigilante aldeana se agitaba en torno nuestro, y había hallado modo de completar la comida con un plato de pollos acabados de matar, y que aparecieron con mucha pompa en nuestra mesa. Esta excelente mujer tenía ideas muy particulares. El proverbio de Breno: *Ay de los vencidos*, la habría horrorizado. Conservaba cuidadosamente á la cabecera de su cama el retrato de uno de sus príncipes que á la sazón se hallaba bien lejos de su país. Los que están llamados á gobernar los pueblos estarían grandemente recompensados de todas las

atigas y todas las injusticias del mundo, si su memoria quedase viva en el orazon de los pobres y de los pequeños. No deberian consagrarse á complacer á los poderosos del siglo, á los cortesanos de todos los poderes, sino á aquel que soporta en el trabajo y en el dolor el duro peso de una sociedad cuyas alegrías ignorará siempre, y que sabe permanecer fiel al infortunio. Los hombres que Napoleon habia enriquecido y colmado de honores le insultaron en Fontainebleau, en tanto que unos simples granaderos le sacrificaban la familia y la patria, y se apresuraban á participar de su destierro y de su indignancia.

III.

KALAVACHI.

¿Porqué a mi alegría han sucedido esta tarde las mas tristes preocupaciones? El alma humana parece por naturaleza tan contraria á toda felicidad, que el grito de un pájaro siniestro, que el presentimiento mas vago, un recuerdo penoso bastan para contristarla profundamente. ¿No hay en esto como una intuición del destino humano? ¿Qué es, en efecto, este destino, aun cuando el vulgo le dé el nombre de afortunado? ¿La victoria, no marcha con la frente en la tempestad y los piés en la sangre? ¿Es muy dulce subir al trono como un César, un Cromwell ó un Napoleon, hallando bajo su carro de triunfo millones de cadáveres, oyendo los gemidos de las víctimas y los ayes desgarradores de las madres que se mezclan con el sonido del clarín y con las aclamaciones de esa muchedumbre servil dispuesta á derrocar al día siguiente á los ídolos populares? Hay sin duda una gloria mas positiva y pacífica, y que no cuesta ni una sola lágrima á la especie humana. Pero por un impenetrable designio de su providencia, Dios ha llenado de una invencible melancolía á las almas privilegiadas que quiso dotar con los preciados bienes de la inteligencia. Estas almas sienten tan vivamente la nada de todas las cosas, la vanidad de toda grandeza, la impotencia de todo espíritu creado, que comprenden admirablemente la plegaria de desaliento del Moises de Alfredo de Vigny, cuando pide que le dejen dormir con el sueño de la tierra.

Si mi corazon no sufre esas angustias misteriosas del genio, experimento, no obstante, el sentimiento que hacia decir á un patriarca: « El hombre nacido de la mujer vive pocos dias y está expuesto á muchas miserias. » Es preciso aturdirse voluntariamente para no ver en derredor nuestro cómo la muerte prosigue sin cesar su obra. ¿Quién no ha contemplado en las tristes tardes de noviembre, cómo ruedan las hojas secas en forbellino sobre las áridas crestas? El cierzo acumula en los senderos húmedos los restos de la vegetación moribunda, en tanto que las nubes, mas sombrías que la noche, bajan lentamente por el flanco de las montañas y llenan los valles; en tanto que la voz lúgubre de los negros cuervos aumenta la desolación de la naturaleza. Diríase que un soplo de destrucción ha pasado sobre este miserable planeta extraviado en los espacios infinitos. ¿Cómo pues no decirse entonces: Hermosos árboles que despoja el aquilon, renacereis cuando la primavera reanime en vuestras venas la savia que vivifica vuestras verdes ramas; pero yo, cuya existencia es tan corta, veré aun que el mes de mayo rejuvenece vuestro viejo tronco?

Mientras cambiaban los caballos del carruaje, aceptamos la hospitalidad de



DORA DE ISTRIA, PRINCESA DE KOLTZOFF-MASSAISKY.

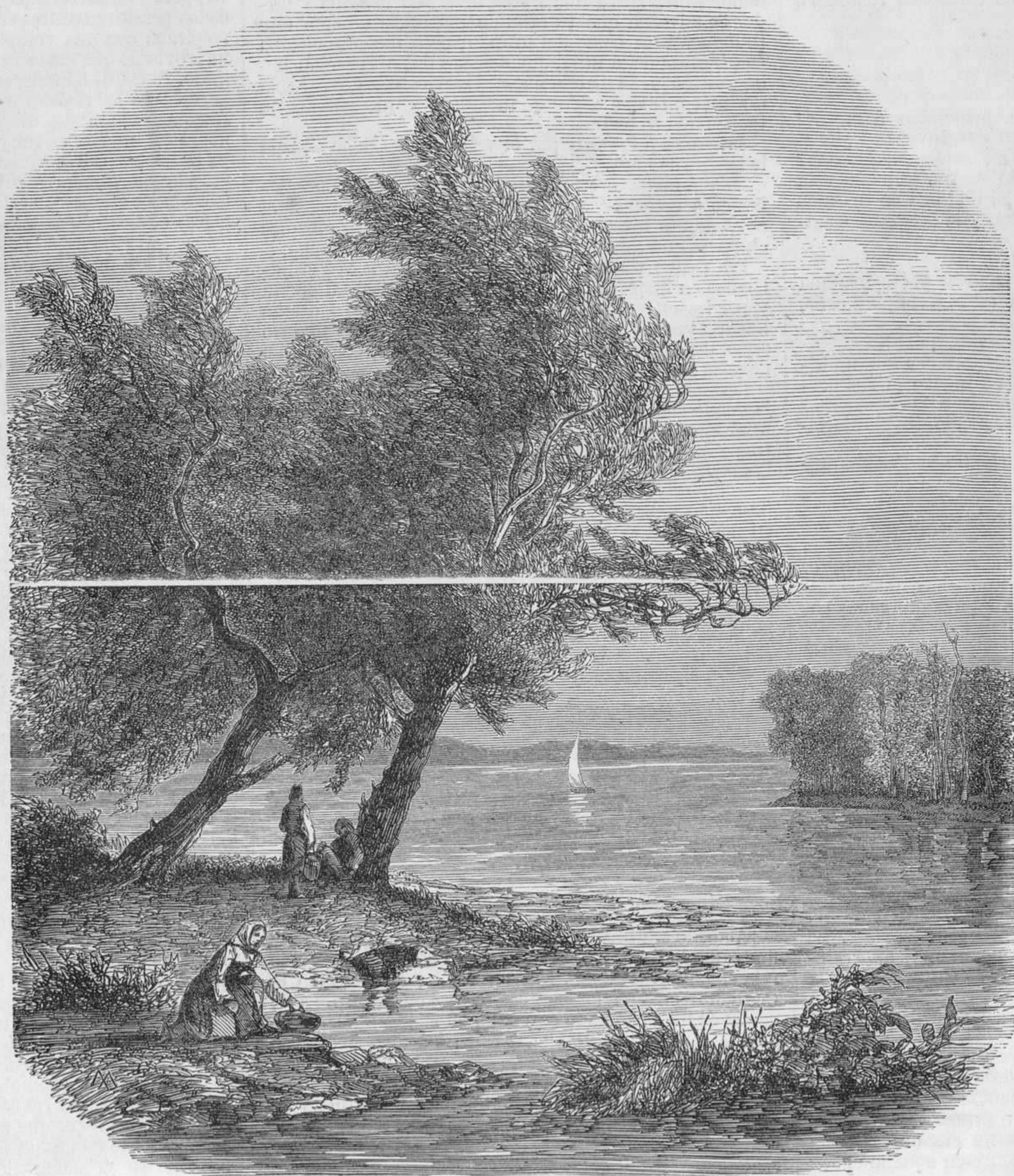
un empleado de Kalavachi, en cuyos aposentos, muy limpios y aun elegantes, circulaban mujeres con vestidos de persia llenos de ramajes, la cabeza cubierta con un pañuelo de barés de colores chillones y que formaba sobre la frente un lazo parecido á dos alas de mariposa; — tsganis de cutis tostado y dentaduras esmaltadas, y empleados, con aire muy humilde.

que servia de alcoba, y luego en la de la derecha cuyas paredes estaban cubiertas de pescado salado. La aldeana me dijo que en aquel país la pesca producía mas que ningun otro trabajo, y que á ellos les daba mas dinero de lo que necesitaban. En efecto, así se conocia en aquella choza. Los niños estaban bien vestidos con buenas camisas de lienzo anchas como blusas; los largos divanes apoyados en las paredes que sirven de camas á toda la familia, estaban cubiertos de hermosos tejidos de lana.

El aire estaba tan embalsamado cuando salí, la luz era tan suave y el cielo presentaba un azul tan puro, que toda señal de mis tristezas de la víspera habia desaparecido enteramente. Entre nosotros y la naturaleza existen lazos tan íntimos, que sin cesar sufrimos su influjo. La nube que pasa y que vela el firmamento, proyecta una sombra en nuestra alma lo mismo que en las ondas de los lagos. La brisa que llora en la enramada despierta un eco melancólico en el fondo de nuestro corazon. Pero en cambio, el canto de un pájaro, un rayo dorado que atraviesa el espacio nos disponen á la serenidad y á la alegría.

Era el principio del día cuando yo me lancé por el campo. ¡Con qué placer mi mirada se extendía por las tierras que tenia delante! Las casitas de madera del pueblo estaban diseminadas sin ninguna simetría por la verdosa colina. Abajo en el valle, unos grupos de sauces y de álamos se miraban en el Borcia. Los bueyes con sus largos cuernos se dispersaban mugiendo por los campos pellando las altas yerbas esmaltadas de ese abundante rocío que refresca la tierra en nuestros climas ardorosos.

Los labradores se ponian en movimiento; una camisa de lienzo tosco, sujeta al talle con un ancho cinturón, un pantalon de lienzo, ancho por el muslo y estrecho desde la rodilla hasta el tobillo, y unas sandalias (*opinci*) de piel, componian su traje. Pero bajo



VISTA DEL BORCIA.

Estábamos en la sala de recepción, pieza pequeña con paredes blancas y con grandes sofás cubiertos de tapicerías. En el patio se oían resonar las armas de los dorobanes y la voz de los tsganis que se entregaban descalzos á las tareas culinarias. Algunas señoras de la ciudad habian venido á visitarnos; todas ellas hablaban en francés, mientras nos servian dulces en grandes bandejas de plata.

Con placer salí de Kalavachi para volver al campo y entrar en el camino que atraviesa los bosques.

IV.

CEGANI.

Cegani es una aldea á la orilla del Borcia que llaman tambien « el pequeño Danubio. » El Borcia que corre paralelamente al Danubio, de donde sale y donde vuelve á entrar, confundiendo tambien con él muchas veces, forma seis islas cuyo lado meridional baña el gran rio. Mi primera idea al despertarme fué ir á visitar las márgenes del Borcia. En efecto, me puse en camino, y como pasara delante de la choza de una aldeana vecina nuestra, me convidó á tomar parte en el almuerzo que distribuía á media docena de niños de todas edades, y al que asistía igualmente su anciano padre.

Aunque no eran mas que las cinco de la mañana, el marido estaba ya en los campos. Me ofrecieron con la mayor cordialidad un plato de lentejas con leche, delante del vasto hogar que ocupaba todo el fondo del aposento del centro. Después entré en una pieza á la izquierda

que servia de alcoba, y luego en la de la derecha cuyas paredes estaban cubiertas de pescado salado. La aldeana me dijo que en aquel país la pesca producía mas que ningun otro trabajo, y que á ellos les daba mas dinero de lo que necesitaban. En efecto, así se conocia en aquella choza. Los niños estaban bien vestidos con buenas camisas de lienzo anchas como blusas; los largos divanes apoyados en las paredes que sirven de camas á toda la familia, estaban cubiertos de hermosos tejidos de lana.

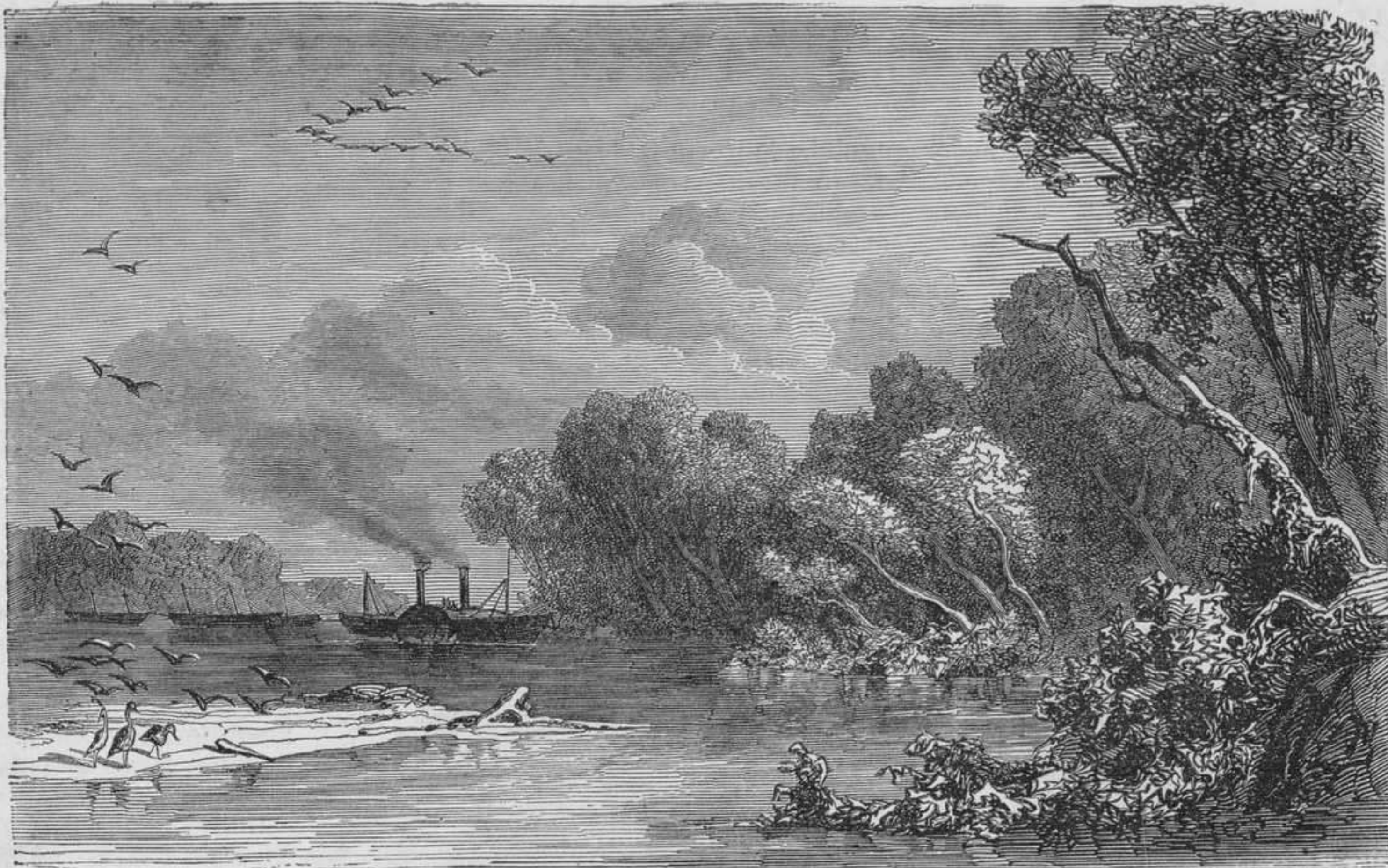
El aire estaba tan embalsamado cuando salí, la luz era tan suave y el cielo presentaba un azul tan puro, que toda señal de mis tristezas de la víspera habia desaparecido enteramente. Entre nosotros y la naturaleza existen lazos tan íntimos, que sin cesar sufrimos su influjo. La nube que pasa y que vela el firmamento, proyecta una sombra en nuestra alma lo mismo que en las ondas de los lagos. La brisa que llora en la enramada despierta un eco melancólico en el fondo de nuestro corazon. Pero en cambio, el canto de un pájaro, un rayo dorado que atraviesa el espacio nos disponen á la serenidad y á la alegría.

Era el principio del día cuando yo me lancé por el campo. ¡Con qué placer mi mirada se extendía por las tierras que tenia delante! Las casitas de madera del pueblo estaban diseminadas sin ninguna simetría por la verdosa colina. Abajo en el valle, unos grupos de sauces y de álamos se miraban en el Borcia. Los bueyes con sus largos cuernos se dispersaban mugiendo por los campos pellando las altas yerbas esmaltadas de ese abundante rocío que refresca la tierra en nuestros climas ardorosos.

Los labradores se ponian en movimiento; una camisa de lienzo tosco, sujeta al talle con un ancho cinturón, un pantalon de lienzo, ancho por el muslo y estrecho desde la rodilla hasta el tobillo, y unas sandalias (*opinci*) de piel, componian su traje. Pero bajo

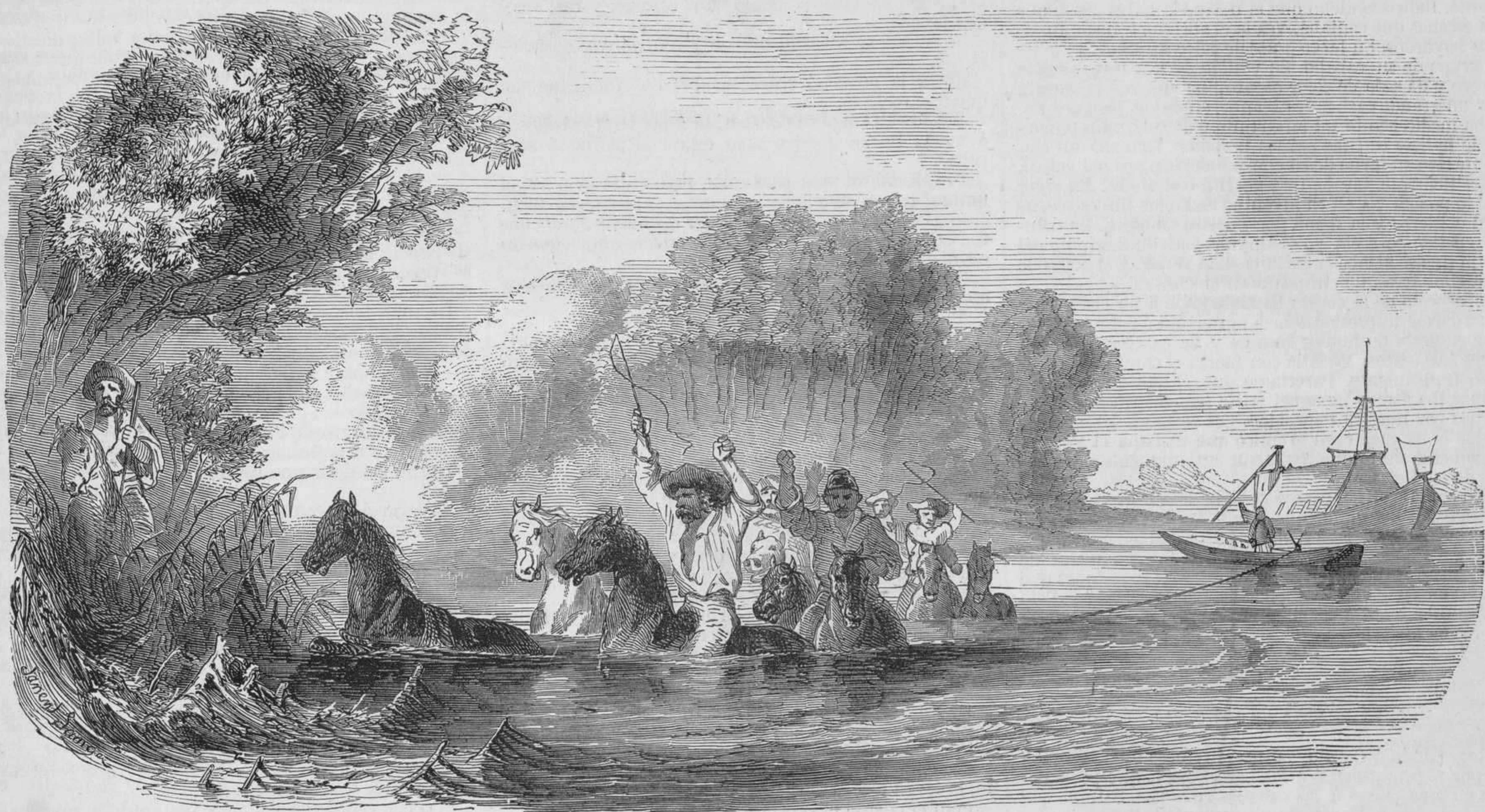
esa vestidura rústica se reconocía á los descendientes del « pueblo rey. » Su cabello negro y largo, sus cejas arqueadas, la expresion ya viva, ya melancólica de sus rostros, hacian pensar en los pastores de la campiña romana.

Yo me dirigí como ellos hácia el valle, deteniéndome de cuando en cuando para respirar con delicias el aire vivificante de la mañana. Llegado á orillas del río no me cansaba de admirar la transparencia de sus ondas doradas por el sol. Los álamos de la orilla opuesta se estremecian al soplo del viento; los pájaros cantaban, volando y saltando por los árboles y la yerba. A veces uno de esos hermosos lagartos verdes tan comunes en el Mediodía, alzaba hácia mí una cabeza inteligente y me miraba con aire curioso. Sentado bajo un cena-



LAS ISLAS DE SCHUTT.

dor formado por dos hermosos árboles, un sauce y un álamo de Italia, prestaba un oído atento al murmullo de la vida universal. Escuchaba el zumbido de las abejas, fijaba mis ojos en un insecto, en un pájaro, en una flor silvestre. No me acordaba por cierto de los salones de Bukarest ni de los paseos por la « calzada de Mogochai. » La juventud se absorbe toda en el momento presente. ¡El pasado la interesa muy poco y el porvenir la parece tan lejano! Mas tarde no es lo mismo. Nos gusta retroceder por el pensamiento hácia una época llena de sueños encantadores, de dulcísimas ilusiones; y en cuanto al porvenir, le interrogamos con esa inquietud enfermiza que da el desarrollo de la reflexion. Por eso en la edad proveya no sabemos disfrutar de los bienes de la vida, pues no te-



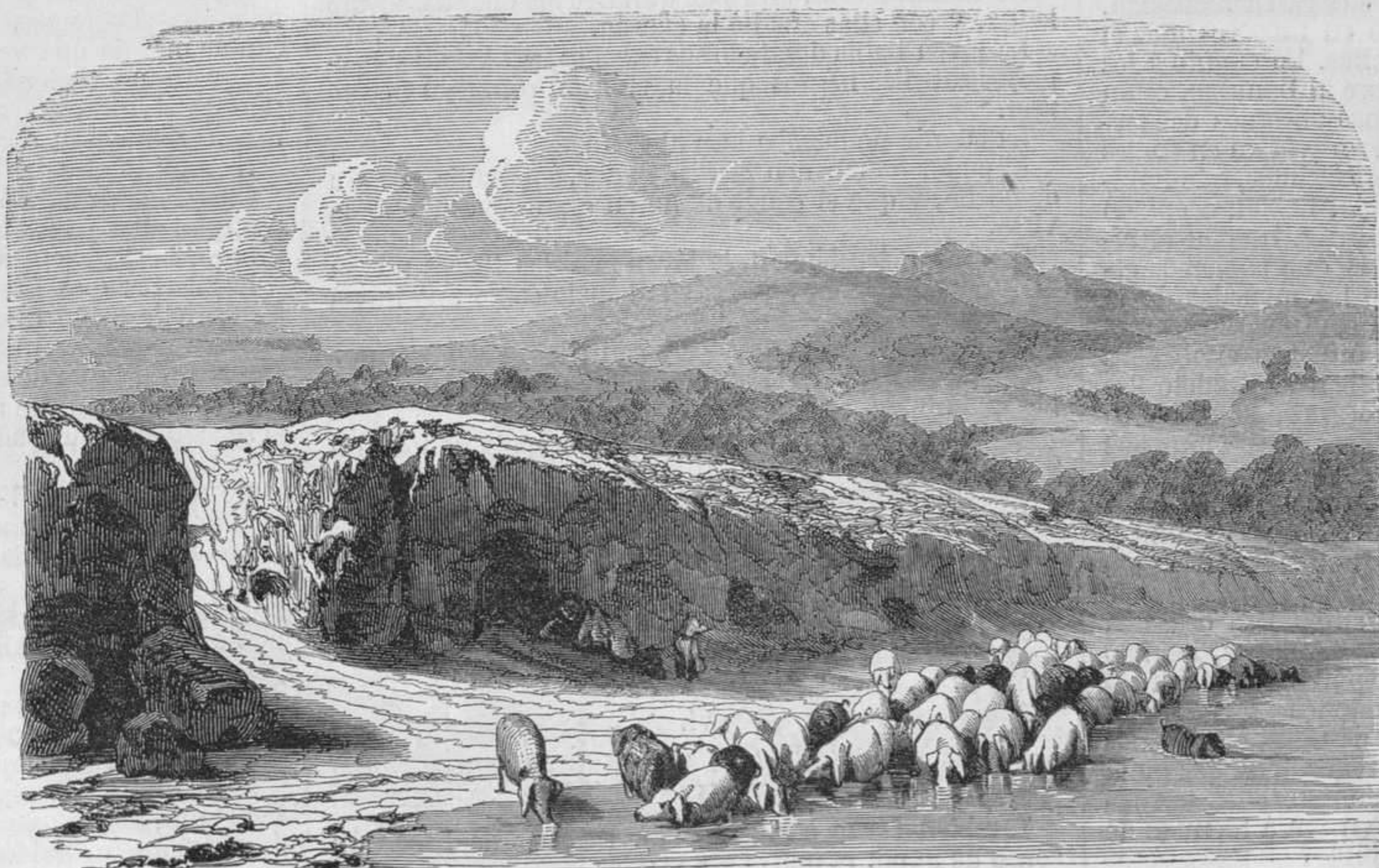
PASO DE UN BRAZO DEL DANUBIO.

nemos para ello bastante calma, ni aun bastante razon. Nuestra supuesta sabiduría no engendra ordinariamente mas que dudas imaginarias, que á veces son mas crueles que la realidad.

V.

LA POPINA.

En las inmediaciones de la aldea de Cegani se encuentra un *tumulus* que los aldeanos llaman Popina. Dos dias despues de nuestra llegada resolvimos ir á visitar esta colina convertida por la supersticion en teatro de sucesos extraordinarios. Los rumanos tienen en efecto una imaginacion demasiado viva para no creer en una multitud de seres sobrenaturales. Mis viajes á las comarcas occidentales me permiten afirmar que aun en Occidente, Moliere, Voltaire



PIARA DE PUEROS EN LAS ORILLAS DEL DANUBIO.

y P. L. Courier no han descreditado mucho las preocupaciones de la edad media. En Oriente, donde no ha tenido representantes el escepticismo, las leyendas maravillosas son acogidas con una ingenuidad primitiva. Los *balauri* (dragones), los *zmei* (monstruos alados), etc., figuran siempre en los cuentos de las viejas. Los *zmei* guardan los tesoros como en las épocas de Rodolfo el Negro y de Mircea el Viejo. En Cegani se afirmaba que la Popina encerraba riquezas considerables que habian quedado allí bajo su proteccion desde el tiempo de los romanos. En medio de la noche se elevaban llamas azules que se paseaban sobre los áridos huesos que cubrian el *tumulus*. Una prueba tan concluyente no permitia poner en duda la presencia de los *zmei* en esos lugares malditos. Bajo este concep-

— ¿Y nada mas?
 — Nada mas... y creed que es lo suficiente... un buen muchacho... de muy buenas ideas... y que cuenta las historias...

El general se besó las puntas de los dedos.

— ¡Ah! perfectamente, perfectamente, dijo la entendida marquesa.

— Le casaremos, ¿no es verdad? repuso el anciano O'Brien; mirad, se dirige á vuestra hija... á fe mía, tiene un aspecto encantador.

En este momento, un criado anunció que el té estaba servido en el jardín de invierno.

Las dos puertas-ventanas del pequeño salón que daban salida al invernáculo acababan de abrirse, dejando entrar los suaves perfumes de las plantas tropicales.

En el movimiento que ocurrió entre los convidados de la marquesa, Jorge Leslie se acercó á Elena.

La jóven permanecía pensativa desde que Jorge habia cesado de hablar. Varias veces buscó la mirada de Jorge sin encontrarla. Al verle de pronto á su lado, Elena experimentó una emocion indecible.

— Señorita, dijo Jorge haciendo un esfuerzo para vencer su timidez, en América las costumbres son muy diferentes de las de aquí... Ignoro si es conveniente, en Paris, solicitar una conversacion particular de una jóven por la cual se siente el mas religioso respeto...

Elena no pudo menos de sonreirse y respondió:

— No, caballero, no es conveniente.

— Y sin embargo, ¿si se le ha de comunicar alguna cosa muy importante?

— Se le habla en presencia de su madre, caballero.

— ¿Y si la madre debe ignorarlo?



ENRIQUE MURGER.

— Aquí, caballero, interrumpió Elena, nuestras mainás no deben ignorar nada.

— Entonces, señorita, dijo Jorge, me será imposible cumplir cerca de vos el encargo que me hizo miss Talbot.

— ¡Elena! dijo, la jóven con pres-teza.

En seguida, en voz baja y sin levantar los ojos, pues oía la voz de su madre detrás de ella, añadió:

— Mañana... en la embajada del Brasil... en el baile de la duquesa del Valle... el primer vals.

Jorge se inclinó respetuosamente alejándose en seguida.

(Se continuará).

Enrique Murger.

Damos aquí el retrato del escritor francés M. Enrique Murger, arrebatado en edad prematura á las letras y á sus numerosos amigos. Toda la prensa ha hecho justicia al talento tan delicado y á la rectitud de carácter de Murger. Nacido en Paris en 1822, despues de haber trabajado con un procurador y de haber sido secretario de un diplomático, se entregó á la carrera de las letras, y comenzó por escribir en el *Castor*, periódico de los sombrereros. De este pasó á la *Silhouette*, y luego al *Corsaire*, donde publicó por fragmentos el libro que debia asegurar su reputacion: *les Scènes de la vie de Bohème*.

Como el éxito de este libro le facilitara la entrada en todos los periódicos, dió á luz, en la *Recue des Deux-Mondes*, *Claude et Marianne*, *le Dernier rendez-vous*, *le Pays latin*, *Adeline Protat* y *les Buvours d'eau*. Por último, desde 1854 publicó sucesivamente *les Scènes de la vie de jeunesse*, *le Dessous du panier*, *Ballades et fantaisies*, *Propos de ville et propos de théâtre*, *le Roman de toutes les femmes*, *Scènes de la vie de campagne*, *les Vacances de Camille*, etc. Tam-

bien ha dado al teatro varias comedias.

Murger era un poeta y un escritor. Demasiado delicado para ser fecundo, tenia una gracia, un *esprit* inagotable. Era un millonario intelectual que arrojaba la casa por la ventana. Además era un buen compañero, sencillo, natural, simpático, y por eso contaba con tantos amigos. P. P.

Copa regalada

AL SULTAN POR EL DUQUE DE BRABANTE.

El ministro de Bélgica acaba de entregar al sultan, de parte del señor duque de Brabante, una magnífica copa, en recuerdo de la hospitalidad que el emperador Abdul Medjid acordó á S. A. R. durante su última permanencia en Oriente. Esta copa ha sido dibujada y ejecutada en los talleres de MM. J. Dufour y hermanos, plateros y joyeros de la córte de Bélgica.

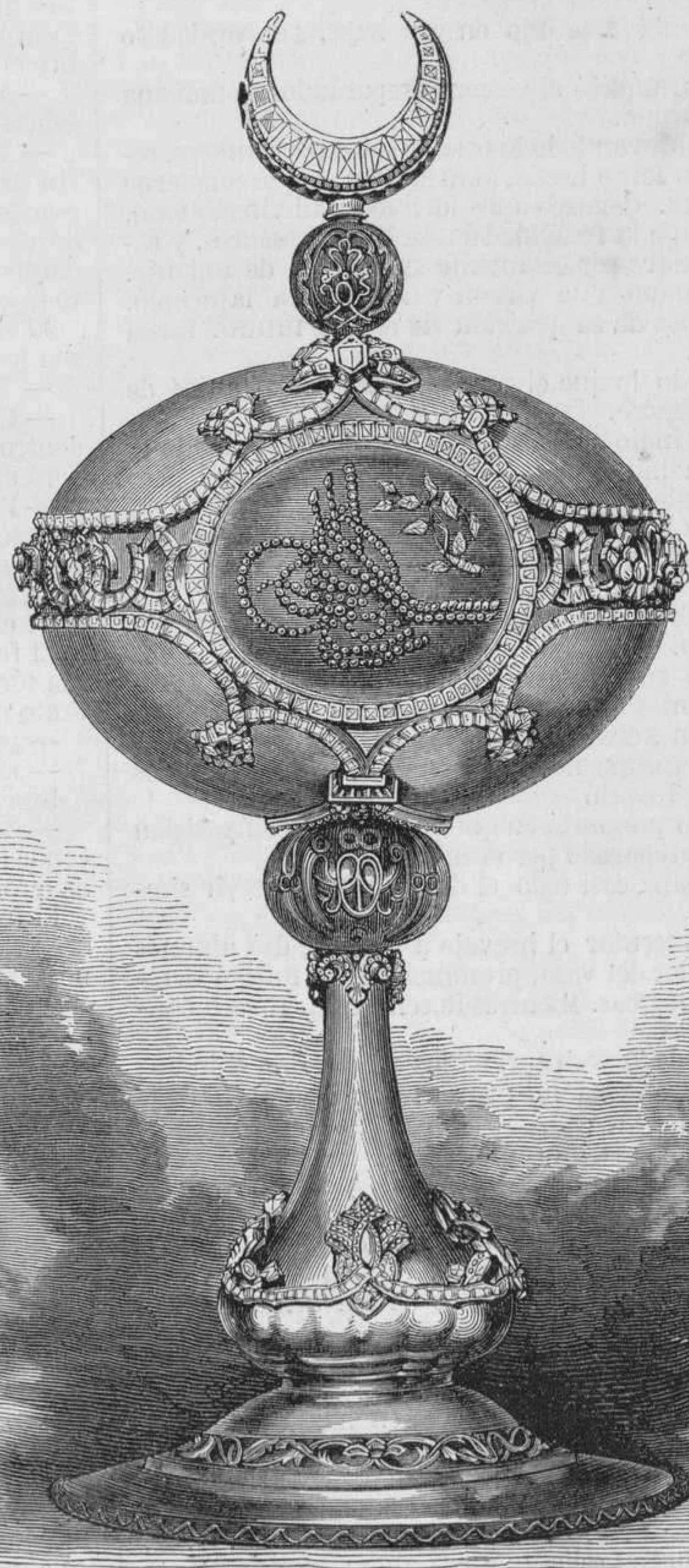
Creemos que agrada á nuestros lectores el dibujo exacto que damos de esta obra, tan notable bajo el punto de vista artístico como en lo tocante á la riqueza y á la ejecucion.

La copa, de una altura total de 40 centímetros, es de oro macizo sin mezcla de ningun otro metal, y pesa 3 kilogramos de oro. Además está adornada con 2,400 brillantes. El medallon de la cara opuesta tiene una inscripcion en francés, que traducida dice así:

«Regalo del duque de Brabante al sultan Abdul Medjid Khan, emperador de los otomanos, en recuerdo de la graciosa acogida que le dispensó Su Majestad Imperial en abril de 1860.»



NUEVAS BANDERAS DE LOS ESTADOS DE LA AMÉRICA DEL SUR.



CCPA REGALADA AL SULTAN POR EL DUQUE DE BRABANTE.